

AETERNUM
Para toda la Eternidad

(Libro 1º de la Trilogía Aeternum)

ANA ROSENROT

AETERNUM
Para toda la Eternidad

ANA ROSENROT

Trilogía: AETERNUM
1º libro
Título original: AETERNUM. Para toda la Eternidad
2º libro
Título original: A DIVINIS. Lejos de lo Divino
3º libro
Título original: AB INITIO. Desde el Principio

www.trilogiaaeternum.com

© 2012, Ana Rosenrot
© 2012, AETERNUM
© 2012, A DIVINIS
© 2012, AB INITIO

Esta trilogía es una obra de ficción. Los hechos, personajes, situaciones o diálogos son producto de la imaginación del autor. Aunque en la obra se hace referencia a hechos y situaciones históricas ocurridas en la vida real para recrear diferentes épocas, cualquier semejanza con hechos, personas verdaderas, vivas o muertas son pura coincidencia.

Primera edición: noviembre, 2012

ISBN: 978-8484110453

Editorial: CIMS

Depósito legal: B 31595-2012

Printed in Spain- Impreso en España

Impresión y encuadernación: GIESA

Queda rigurosamente prohibida, salvo excepción prevista en la ley, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación, alquiler o préstamo público sin contar con la autorización escrita de los titulares de la propiedad intelectual. La infracción de los derechos de esta obra puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (art.270 y sgts. del Código Penal).

No hay tiempo para nosotros
No hay lugar para nosotros
¿Qué es esta cosa que crea nuestros sueños que a pesar de todo se nos escapan?

¿Quién quiere vivir para siempre?
¿Quién quiere vivir para siempre?

No hay oportunidad para nosotros
Está todo decidido para nosotros
Este mundo tiene tan sólo un buen momento desechado para nosotros

¿Quién quiere vivir para siempre?
¿Quién quiere vivir para siempre?

¿Quién se atrevería a amar para siempre?
¿Cuando el amor deber morir?

Más toca mis lágrimas con tus labios
Toca mi mundo con tus dedos
Y podremos tener para siempre
Y podremos amar para siempre
Para siempre es nuestro día de hoy

¿Quién quiere vivir para siempre?
¿Quién quiere vivir para siempre?
Para siempre es nuestro día de hoy

Sin embargo, ¿Quién espera para siempre?

"Who wants to live forever"- Queen (Los Inmortales)

I PARTE

El sonido de las sirenas de los coches de policía rompía la tranquilidad de aquella fría mañana de Octubre, que había amanecido gris y plomiza. Los policías mantenían el patio del instituto acordonado mientras que alrededor se agolpaban numerosos jóvenes que portaban mochilas y carpetas. Para los muchachos aquello era simplemente un acontecimiento de interés. A aquella edad egoísta e insensible era una experiencia más a absorber por su curioso e insaciable apetito de sensaciones, probablemente en un par de semanas lo olvidarían todo y sería tan solo un recuerdo del que hablarían como algo ya pasado y sin importancia, como del Maratón de Nueva York de la semana pasada y la próxima ceremonia del encendido de la iluminación del árbol de Navidad en el Rockefeller Center o la fiesta de Halloween que ocuparía sus próximos pensamientos... y entonces, el muchacho muerto en el patio de su instituto sería tan solo una anécdota.

Se habían encontrado con el suceso cuando iban a entrar en clase, además de una oportunidad de perder horas de estudio también el morbo y la curiosidad les hacían interesarse por lo que había ocurrido y observaban el cuerpo cubierto con papel dorado que permanecía en el asfalto. Por debajo del papel se veía una mancha de sangre roja y viscosa aún fresca, lo que hacía deducir que el suceso no hacía demasiado tiempo que había ocurrido.

Algunos agentes se ocupaban de que los chavales no traspasaran la cinta y de que los periodistas se mantuvieran en su lugar mientras que los profesores y el director del instituto intentaban llevarse a los estudiantes sin demasiado éxito. Dos hombres vestidos con traje y portando sendas placas en los cinturones acababan de llegar. Uno de ellos, el más joven y cuyo traje era de mejor calidad, se arrodilló ante el cuerpo que hacía poco habían depositado en el suelo y levantó levemente el papel dorado que lo cubría.

-Es solo un muchacho- dijo apenado. Cualquier muerte violenta le parecía lamentable pero cuando se trataba de niños o jóvenes como en este caso, se sentía doblemente mal. El muchacho no debía tener más de dieciséis o diecisiete años y probablemente acudía a aquel mismo instituto.

-Si- le contestó el otro hombre que permanecía a su lado y tomaba nota de todos los detalles- Un muchacho otra vez, y ya van seis.

-Demasiadas casualidades, ¿no te parece Mike?

-No sé qué decirte Jack. Bueno... ha habido tres suicidios, dos accidentes y una muerte violenta. Todos entre dieciseis y veinticinco años. Quizás sea solo eso, casualidad. Dicen que los días de luna llena aumentan las muertes.

-Lo más extraño son los suicidios, parece que todos tienen las mismas características. No tenían antecedentes de depresión ni estaban en tratamiento, además cuando se suicidaron escuchaban la misma música. Eran chicos normales, como aquellos dos- dijo señalando a dos jóvenes de unos diecisiete años que estaban situados al borde de la cinta amarilla y miraban la escena con interés.

-Seguro que si miras su mp4 descubrirás que ellos también escuchan al mismo grupo, es el de moda. No creo que eso tenga mayor importancia. También han encontrado una lata de Flymind en la azotea- le contestó su compañero sin dar demasiada importancia a aquel detalle.

-¿Flymind?- preguntó el otro.

-Si, creo que también lo bebieron los demás suicidas. Es una nueva bebida, la anuncian en todas partes pero aún no la han sacado al mercado. Se trata de ese nuevo tipo de publicidad que crea deseos de comprar incluso antes de que esté en el mercado.

-Si, ya recuerdo. Lo he visto anunciado.

-La regalan de vez en cuando por los institutos y zonas de ocio.

Los dos jóvenes no podían escuchar la conversación, además estaban demasiado interesados en el cuerpo. Aquel era su instituto y el hecho de que hubiera ocurrido un suceso como aquel a primera hora de la mañana les causaba un enorme interés.

-¿Tú crees que se habrá suicidado o le habrán empujado?- preguntó uno de ellos que tenía el cabello cobrizo y una expresión pícaro en su rostro.

Su compañero se encogió de hombros. Hacía frío y se frotó las manos para entrar en calor.

-No sé- dijo- Seguro que en las noticias nos enteramos de más cosas. Además no sabemos si se trata también de un chaval. Quizás sea un vagabundo o un borracho que entró en el instituto para refugiarse y se ha caído, o un desesperado- dijo el otro joven cuyo aspecto era más serio y reservado. No le gustaba hacer juicios de valor sin conocer toda la información.

-¿Te parece a ti que un vagabundo iría con unas Adidas tan chulas y habría subido hasta la azotea de nuestro instituto para luego caerse accidentalmente? No me hagas reír- dijo con ironía.

Efectivamente, el papel dorado no tapaba del todo el cuerpo y dejaba asomar unos vaqueros y unas deportivas.

-¿Y por qué querría suicidarse?

-No lo sé, pero la verdad es que es una muerte muy desagradable. Se tiró desde la azotea y cayó sobre la reja, eso he oído. Tuvo mala suerte o no calculó bien. Me han dicho que ha quedado ensartado como una salchicha- comentó divertido el joven de cabello cobrizo aunque un poco frustrado por no haber podido ver aquella macabra escena.

-Tenía que estar muy desesperado para saltar al vacío...- reflexionó sin hacer caso de la broma de su amigo.

-Quizás estaba desesperado porque Linda no ha querido salir con él...- dijo su amigo con evidente tono jocoso esbozando una mueca que resaltó aún más su aspecto pícaro.

-Martin, a veces eres detestable- contestó el joven entre risas dándole un golpe cariñoso- Te juro que el día que estés despistado seré yo mismo el que te empuje desde la azotea del instituto.

-¡Jajaja!, si haces eso nunca podré ayudarte con Linda.

-Bastante ayuda tengo contigo...- se lamentó.

-Venga Alex, te prometí que hablaría con ella- se quejó Martin.

-Sí, si... de eso hace ya dos semanas. Mira, viene el director, ¿no me digas que nos van a hacer ir a clase después de lo que ha pasado?

-Es inaudito, ¿no deberían mandarnos a casa?. Esto nos puede crear un trauma- protestó Martin. Efectivamente el director estaba reuniendo a los alumnos para que entraran en el edificio. Era mejor que todos estuvieran en el instituto mientras la policía y los sanitarios se llevaban el cuerpo. Lo más conveniente es que procuraran recobrar la normalidad y la rutina cuanto antes.

Los dos jóvenes se ajustaron las mochilas y se cerraron las cazadoras, después comenzaron a correr hacia la entrada del edificio.

Pequeños copos comenzaron a caer lentamente como si estuvieran suspendidos en el aire, formando una blanda manta sobre el cuerpo del joven que permanecía en el suelo en complicada postura. Era un extraño y macabro contraste que frente al cartel publicitario que anunciaba los laboratorios de la farmacéutica Alkimax con su sonriente y lozana muchacha diciendo: "Todo por su salud", se encontrara el cadáver de un muchacho. Al destino jocoso le gustaba jugar con las casualidades.

Al final del día probablemente Brooklyn estaría blanco y frío, al igual que el cuerpo del joven suicida en el depósito de cadáveres.

Martin y Alex se dirigieron rápidamente al instituto, lo único bueno que tenía ese lunes es que se habían perdido media hora de clase, por suerte la de matemáticas.

Los policías se quedaron en el lugar del suceso mientras que el forense y la policía científica realizaban una evaluación preliminar. No cabía duda que el muchacho había caído al vacío desde la azotea del edificio con la mala fortuna de quedar clavado en la reja. Por suerte habían tenido tiempo para, tras la toma de pruebas, bajar al muchacho de la reja y depositarlo en el suelo antes de que lo vieran los estudiantes.

Al detective Jack Bacarezza le seguía pareciendo sumamente extraño aquel número de suicidas entre gente tan joven. Recordaba sus años de instituto y sabía que a aquella edad cualquier desilusión significaba el fin del mundo, pero llegar al suicidio era excesivo y cuando esto ocurría eran casos excepcionales. No le convenía la hipótesis de que todo fuera fruto de la casualidad, aunque a él mismo le parecía algo traído por los pelos el pensar que había algo en común en todas ellas, sin embargo algo le decía que era exactamente eso lo que ocurría y su instinto no le había fallado nunca. Se pasó la nervuda mano por la nuca en un gesto compulsivo como hacía siempre que algo le preocupaba, sus dedos rozaron su cabello oscuro. Sus facciones de origen italiano estaban endurecidas y su ceño fruncido mientras contemplaba la escena como si intentara ver más allá de lo que había allí. Miró hacia lo alto del instituto y entornó sus ojos castaños mientras calculaba mentalmente la altura que había desde la azotea, donde otros policías recogían huellas y pruebas, hasta el suelo; aunque el muchacho no hubiera caído sobre la reja de la entrada, el golpe contra el suelo no dejaba muchas probabilidades de sobrevivir.

Las muertes violentas en una ciudad como Nueva York no eran algo extraño, sin embargo, aunque en diferentes formas y lugares, había algo en las últimas recientes que le hacían sospechar: siempre eran jóvenes de entre 16 y 25 años, fuertes y saludables, aparentemente sin ningún problema, siempre escuchando el mismo tipo de música, la última canción del momento, sin ninguna nota de despedida... todo aquello le parecía muy extraño, pero estaba claro que si no contaba con alguna prueba que justificara su intuición no podría decirle nada al comisario y habrían tenido que dar por cerrados los casos, catalogándolos como suicidios pues no había prueba de ninguna otra cosa.

De momento aquello no había causado alarma ninguna y quizás por eso estaban aumentando el número de muertes. No quería dejarse llevar por la idea loca de algún complot para acabar con jóvenes norteamericanos sanos con suicidios rituales llevados a cabo por sectas misteriosas, pero algo en su interior bullía y sabía que todo aquello tenía una causa y un por qué. Al único que había confiado sus inquietudes era a su compañero Mike O'Connor al que su origen irlandés, y su personalidad tozuda y simplista le hacía ver las cosas de una manera fácil sin dobles percepciones. O'Connor rozaba los cuarenta y tres aunque aparentaba casi cincuenta, tenía dos hipotecas, una mujer muy chillona, dos niños superdotados que necesitaban clases especiales, un perro que siempre estaba hambriento, un cuñado que siempre quería liarle para algún negocio extraño y una amante con la que disfrutaba de un rato de tranquilidad antes de volver a su enfebrecida casa, por lo tanto no era hombre que pudiera andarse con disquisiciones instintivas: lo que era, era, y punto. Lo blanco, blanco y lo negro, negro; era de la vieja escuela, odiaba los nuevos métodos, creía que Internet era una tontería, los psicólogos eran unos embaucadores y que para detener a los delincuentes solo hacía falta pericia y ser más listos que ellos; por eso Jack prefirió no insistir más en el tema. Era más joven que su compañero, le faltaban un par de años para la treintena. Desde niño había ansiado entrar en la policía y su padre, aunque no se opuso, se sintió disgustado porque no continuara con el restaurante familiar. A pesar de contar con una extensa familia prefería vivir solo en un apartamento en Brooklyn para disfrutar de la paz y la tranquilidad que nunca había tenido con su vivaracha familia aunque esto no significara que no les quisiera con locura pero desde siempre había ansiado independencia.

Pero sí había alguien que intuía lo mismo que él. Se dio la vuelta justo para encontrarse ante la grabadora de Dylan Gregor, el periodista del Global, periódico especializado en investigación de sucesos y que contaba con gran seguimiento.

-¿Es otro joven, detective Bacarezza?- preguntó mirándole directamente a los ojos.

-Sí, es otro joven, de unos diecisiete años, se precipitó desde la azotea.

-¿Se precipitó o fue empujado?- preguntó inquisitivamente.

-Acabamos de empezar con la investigación, en cuanto sepamos algo se lo haremos saber a la opinión pública.

A pesar de todo, Bacarezza no quería que la prensa divulgara sus sospechas, eso haría que cundiera el pánico y todo se desbocaría. La máxima en la policía era dar la mínima información posible ya que muchas veces los periodistas arruinaban las investigaciones publicando con demasiado aceleración y alegramente las noticias y los detalles que les hubieran podido servir para

detener a los culpables. Así que optó por mantenerse frío y no dejar traslucir sus inquietudes, pero Dylan Gregor era listo, muy listo, debía tener láser en la mirada ya que pareció perforarle y sus labios se contrajeron levemente en una sonrisa. Tenía aproximadamente la edad de Jack y una atractiva sonrisa pero sabía que en aquel momento su sonrisa y su encanto personal no le servían de nada.

-Deja la cámara Mac, aquí ya hemos terminado. Saca unas fotos generales, sobre todo del cuerpo antes de que se lo lleven- le dijo al fotógrafo dando por terminada la entrevista con la policía.

Jack Sabía que a Dylan no podía engañarle, se conocían desde hacía muchos años, eran amigos desde niños pero aún así Jack procuraba que su amistad no interfiriera con su trabajo.

-No puedo contarte nada Dylan, en serio, lo que hay es lo que ves- aseguró.

-Pero tú tienes alguna teoría, ¿no?. Vale, no me digas nada- dijo al ver su expresión un tanto desbordada- Diremos que se trata de otro suicidio, el cuarto ya, pero dentro de poco y si esto sigue aumentando la gente empezará a hacerse preguntas y lo sabes.

-Espero que no seas tú el que alarme a los ciudadanos, ¿no?

-La gente no es tonta, siempre habrá alguien que ate cabos, recuerda que no soy el único periodista de la ciudad y a los demás no podrás pedirles que callen para hacerte el favor. Espero que cuando llegue ese momento el departamento de policía tenga algo que contar.

Jack asintió con un gesto.

-¿Quieres que nos veamos esta noche para tomar unas copas?- preguntó Dylan.

-Ya te llamaré pero hoy no creo que pueda.

Dylan sonrió, Jack era muy perspicaz y seguramente había intuido las intenciones que se ocultaban tras aquella invitación.

El periodista fijó la vista en el policía. Jack parecía cansado, sin duda aquellas muertes le traían de cabeza. Contempló su aspecto pulcro, su traje de buena calidad y perfectamente planchado y su corbata impecable que delataba su personalidad recta, honrada y justa. Siempre pretendía hacer las cosas bien, no molestar a nadie y cumplir con las normas establecidas, precisamente todo lo contrario a él que le encantaba correr riesgos, saltarse las normas y sentir la adrenalina corriendo por sus venas cuando el peligro le acechaba. Desde niños habían sido totalmente diferentes, totalmente complementarios y totalmente amigos.

-Está bien, me voy. Tenemos que montar todo esto para que salga en el periódico de la tarde- dijo dándose por vencido sabiendo que Jack no le contaría nada hasta que no estuviera totalmente seguro de lo que había ocurrido y si estaba relacionado o no con los otros casos de suicidio.

-Bien, buena suerte.

-Espero que mejor que la de ese muchacho- contestó Dylan señalando el cuerpo sin vida que ya trasladaban en la furgoneta que le llevaría a la morgue.

En la mesa fría del depósito de cadáveres, el forense y un ayudante, un joven de lánguido atractivo y pelo lacio, examinaban el cuerpo de la víctima. No tenía fracturas debido a la caída pero tampoco había ninguna señal de agresión, ni moratones en la espalda que delataran un

empujón, ni heridas defensivas. La muerte le había sobrevenido al caer sobre la reja del instituto clavándose las puntas en forma de flecha en su pecho con tal fuerza que le habían traspasado y la punta de hierro había salido por su espalda, por lo demás su cuerpo joven y atlético denotaba una vida saludable. Poco más había que hacer, cubrió el cadáver con una sábana y lo metió en el cuarto frigorífico a la espera de que su familia acudiera para el reconocimiento, se lavó las manos y salió de la sala, por aquella mañana había terminado.

Un cuarto de hora más tarde la puerta del depósito se abrió sigilosamente y el joven del pelo lacio entró nuevamente, abrió la puerta del frigorífico y tiró de la bandeja donde descansaba el cuerpo que acababan de examinar. Con sumo cuidado y mirando de vez en cuando hacia la puerta para comprobar que nadie se acercaba por allí, sacó una jeringuilla de su bolsillo y abriendo el parpado del muerto le pinchó en el globo ocular, a la altura del lagrimal y extrajo una cantidad suficiente de humor vítreo. Después volvió a dejarlo todo como estaba y salió tan sigilosamente como había entrado. En una de las salidas traseras del depósito, la más discreta, un coche gris plata esperaba. Cuando el joven ayudante del forense salió, la ventanilla se bajó lo justo para que pudiera meter la mano y entregar aquella jeringuilla, después se cerró y rápidamente el coche arrancó y se marchó.

*C*orría el día de San Juan del año del señor de 1433 cuando aquel bebé, manchado aún de sangre del parto, fue dejado en el torno del convento, por eso le dieron el nombre de Juan y de apellido Expósito, lo que no dejaba lugar a dudas sus orígenes, era el apellido que se les daba a todos los niños dejados en la inclusa, el apellido de los huérfanos, de los abandonados y de los despreciados.

El pequeño Juan fue el dolor de cabeza del convento entero desde el mismo momento en que hizo su presencia allí: no dormía, lloraba mucho y siempre tenía un hambre voraz. Cuando fue creciendo se llevó más de un golpe por haberle pillado metiendo la mano en la despensa. La hermana lega le pegaba con una vara en las manos hasta despellejárselas pero nada en su expresión conseguía arrancar una mueca de dolor lo que hacía que la hermana se esmerara por sacar una lágrima de aquellos azules e impenetrables ojos, que provocaba que la monja se santiguara y murmurara una oración al considerar que había algo demoníaco en aquel niño.

-Ahora te quedarás en ese rincón toda la noche para que aprendas a no robar. No me extraña que tu madre te dejara abandonado en el convento, sin duda eres carne de horca, un pequeño tramposo y ladronzuelo- le solía decir la hermana lega para mortificarle, era la única manera que tenía de observar alguna variación en su rostro aunque fuera la expresión del odio.

Juan se quedaba en aquel rincón de la cocina durante toda la noche sin más compañía que la del frío suelo y las cucarachas que correteaban de un lado a otro. Por la mañana continuaba el castigo y lo único que tenía para comer durante todo el día era un trozo de pan que comenzaba a ponerse mohoso y el agua del pozo que por lo menos estaba limpia, pero él no protestaba, solo miraba con aquellos ojos que en ocasiones daban miedo porque estaban llenos de odio. A veces el cura se preguntaba qué pasaba por la cabeza de aquel crío y esperaba con ansiedad el momento en que fuera lo suficientemente mayor para echarle de la inclusa y buscarse la vida, cosa que ocurrió a los diez años cuando Juan se escapó tras una paliza.

A la edad de doce años Juan era un ratero más que correteaba por las calles empedradas de Toledo atento a algo de comida que pudiera robar de algún puesto o incluso quitar la bolsa del cinturón de los caballeros o incluso de las mujeres que iban a la compra. Solía llevar la cara sucia

y alguna herida que delataba su carácter pendenciero, en particular tenía una pequeña cicatriz en una ceja producto de una pedrada que había recibido de un sastre al que había intentado robar un trozo de paño. Dormía en los soportales y pedía a la puerta de las iglesias intentando despertar la piedad de los feligreses, para eso mantenía la cabeza baja pues sabía que la mirada azul de sus ojos delataba la soberbia y la repulsión que le producía estar allí y pedir limosna, amén de las patadas que le propinaban los otros mendigos.

Cuando Juan apenas contaba 13 años intentó robarle el dinero a Abraham Mossem, un judío converso. El alguacil le envió sin contemplaciones a la cárcel pero el orfebre se apiadó del muchacho y decidió darle una oportunidad. Pidió que le condonaran la pena de cárcel y él le enseñaría un oficio para que el joven pudiera salir de su triste destino como ladrón y mendigo. El alguacil se limitó a encogerse de hombros y accedió, estaba convencido que el judío había perdido la cabeza y era muy probable que una noche se escapara con todo lo que el anciano debía acumular en su casa.

Así fue como el joven Juan se convirtió en el aprendiz de Abraham Mossem, el orfebre más famoso de Toledo. Todos los nobles se hacían eco de sus exclusivos diseños y para el muchacho era un privilegio empezar a trabajar con él. El orfebre era un hombre de edad avanzada, carácter amable y marcados rasgos judíos; eran muchos los que pensaban que su conversión era fingida como muchos otros que habían optado por abrazar la religión cristiana previendo que las cosas no tardarían mucho en cambiar en Toledo, por todo eso y para no tener problemas, Abraham Mossem había optado por convertirse al cristianismo y a la vista de todos se comportaba correctamente: acudía a la iglesia con regularidad y nadie le había visto realizar ningún rito propio de su religión, visto lo visto no hacía falta investigar más ya que para todos hubiera sido una verdadera lástima que Abraham Mossem se marchara y se estableciera en otro lugar. La concordia era la nota dominante entre los habitantes de Toledo como demostraba el hecho de que le dejaran continuar con su nombre hebreo, y no había ningún motivo para que esto no continuara así aunque últimamente se habían producido algunas revueltas en contra de los judíos a los que se les acusaba de cualquier cosa.

El judío miró con interés al muchacho que con gesto huraño se pasó la mano por la cara.

-Creo que necesitas un buen baño, ¿no te parece? Para ser un hombre de provecho hay que estar bien comido y bien limpio, eso ayuda a que el espíritu se sienta cómodo.

Juan no contestó pero tampoco hizo falta, el judío le agarró por los hombros y se encaminaron por la empedrada calle hasta su casa.

El hogar del orfebre parecía humilde pero tras el alto muro encalado se escondía un patio interior con un cuidado jardín y una fuente de la que manaba agua constantemente. La casa se distribuía alrededor del patio en diferentes estancias a dos alturas, sin excesivos lujos pero con gran comodidad y exquisita decoración. Adyacente a la casa se encontraba el taller del orfebre, muy limpio y todo colocado con orden extremo.

El muchacho dirigió al orfebre una mirada huidiza, sus ojos delataban rencor y desconfianza.

-Vamos muchacho, voy a enseñarte dónde vas a vivir.

Cogiendo al joven por el cogote hizo que le acompañara al cobertizo donde se guardaban las herramientas.

-Aquí podrás dormir y en la cocina de la casa te darán de comer. Aprenderás un oficio y tendrás un sitio donde resguardarte, creo que es mejor que vivir en la calle robando y a la espera de que en cualquier momento te lleven a la cárcel, ¿no te parece?

Juan volvió a mirar al hombre, tanta amabilidad le parecía muy extraño, si le hubiera azotado y cortado una oreja se hubiera sentido mejor pero todo aquello le tenía desconcertado, no estaba acostumbrado a que nadie hiciera algo por él.

Desde que había nacido huérfano, su vida se había desarrollado entre la suciedad, golpes y desprecios, quizás ahora tenía delante de él una nueva vida. Esbozó una sonrisa que por la poca costumbre quedó en una mueca.

-Ahora quiero que entres y te bañes, después cenarás y te acostarás. Mañana empezaremos la jornada muy pronto, tienes mucho que aprender. Seguro que eres un chico listo y sabes lo que te conviene por eso espero que seas leal conmigo y yo confiaré en ti. No habrá puertas cerradas, podrás marcharte cuando quieras, pero si lo haces no tendrás una oportunidad como esta.

Juan entendió aquello, asintió con la cabeza y entró en la cocina donde la gruesa cocinera que desplumaba un pollo arrugó la nariz al verle y olerle. A su lado una bonita muchacha, un par de años mayor que Juan, que limpiaba verduras le miró de arriba abajo con precaución.

-Padre, ¿tu crees que está bien?, ¿no nos robará?- preguntó sin importarle que Juan la oyera. Tenía la boca pequeña y sonrosada y los ojos aunque un poco juntos denotaban inteligencia. Vestía con sencillez y a Juan le pareció extraño que la hija del orfebre se encontrara en la cocina como una vulgar criada. La miró con igual descaro deteniéndose en sus pechos ya formados y en la redondez de sus caderas.

-No lo sé Sara, pero es de caridad dar una oportunidad- contestó el judío manteniendo su mano sobre los hombros de Juan en actitud paternal.

-¿Te refieres a caridad cristiana?- preguntó irónica la muchacha mientras se acercaba a su padre.

-Caridad de cualquier religión- respondió sonriendo mientras que con la mano libre acariciaba el sedoso cabello castaño de su hija.

Limpio y bien comido Juan tenía otro aspecto, la cocinera movió afirmativamente la cabeza en señal de aprobación, ahora incluso se podría decir que era un muchacho guapo con el cabello negro peinado y unos ojos de color azul oscuro que tenían un brillo que dejaban entrever que había algo en su interior a lo que sería muy difícil llegar. Tenía los pómulos demasiado marcados pero después de comer todos los días su cara se rellenaría y tampoco se le notarían las costillas. Incluso Sara se fijó en aquel cambio y le miró con interés a pesar de la desconfianza que le producía.

Aquella noche durmió como un rey, nunca había tenido un jergón y estaba acostumbrado a la dureza del suelo o como mucho había dormido en un pajar, pero aquello era mucho mejor, tenía una manta y el taller estaba limpio y sin humedad, miró a su alrededor y se dijo a sí mismo que todo aquello estaba muy bien y que había tenido mucha suerte en robar a aquel judío.

La vida en casa de Abraham Mossem no tenía nada de inactiva, desde muy de mañana y tras un desayuno a base de pan, leche y miel, el hombre se instalaba en el taller y no salía de él nada

más que para la hora del almuerzo y luego continuaba hasta bien entrada la noche, incluso si tenía algún encargo para algún señor importante podía pasarse toda la noche hasta que terminaba la pieza. Sin embargo, el anciano converso solía ponerse enfermo los sábados y no trabajaba, decía no sentirse con fuerzas después de la dura semana, el aprendiz sospechaba que en realidad Abraham Mossem celebraba el sabbath que no permitía trabajar en sábado. Esos días solía encerrarse en el taller y Juan había observado desde el cobertizo donde dormía que avanzada la noche recibía visitas y se escuchaban palabras en lengua extraña, probablemente se reunía en secreto con otros falsos conversos para celebrar sus ritos a cubierto de ojos indiscretos. A Juan todo aquello no le importaba, poco a poco se había integrado en aquella casa y aunque no podía decirse que era parte de la familia, era verdad que la cocinera y los mozos le trataban como si estuviera más cerca del señor que de ellos mismos, quizás fuera porque no se relacionaba con el grupo de sirvientes, en realidad no se relacionaba con nadie, pero no podía evitar mirar a Sara cuando esta parecía no darse cuenta. Hubiera deseado poder confeccionar una joya digna de su belleza, pero eso estaba muy lejos de él, solo se ocupaba del trabajo duro: fundir los metales y refinarlos. Sara también trabajaba en el taller y eso a Juan le parecía sumamente extraño, una chica no podía realizar las mismas labores que un hombre, aunque ella era lista y muy dispuesta y lo mismo trabajaba duramente en el taller que bordaba un delicado pañuelo o ayudaba a la cocinera a hacer la comida cuando había invitados y tenían demasiado trabajo. Sara se encargaba de tallar las piedras preciosas entre mirada y mirada a Juan, y su padre engarzaba, diseñaba y realizaba los encargos más detallistas e importantes, además de supervisar todo el proceso.

Después de tres años en casa del orfebre, Juan había pasado de aprendiz a ayudante. Había aprendido rápido y Abraham Mossem estaba muy contento con él, era listo y dispuesto, no le asustaba el trabajo y era perfeccionista en extremo, peculiaridad que compartía con el orfebre. Recibía un pequeño sueldo y estaba bien considerado, se había ganado el respeto de todos aunque no su confianza. El muchacho seguía siendo hermético y su mirada azul continuaba huidiza, no hablaba con casi nadie y aunque en aquellos tres años se había abierto un poco, Sara era la única persona con la que le gustaba estar pero ella apenas hablaba con él. Juan tenía dieciséis años y Sara casi dieciocho, no entendía por qué no se había casado aún, era bonita y tenía muchos pretendientes y ella disponía de una buena dote. Si Juan hubiera tenido algo más que ofrecer que un miserable sueldo de ayudante también la hubiera pretendido pero eso era imposible y el saber que nunca podría estar al nivel de Sara le hacía ser más huraño y más hermético.

A veces le atenazaba la idea de que Sara llegara a casarse o el judío muriera, ¿qué sería entonces de él? Probablemente prescindirían de su labor, pero ¿quién se haría cargo del taller de orfebrería? Si fuera él quien se casara con Sara todo aquello podría ser suyo, quizás fuera por eso por lo que la joven aún no había aceptado a ninguno de sus pretendientes, quizás estuviera esperando a que él se lo pidiera. ¡Claro!, había sido un estúpido, tenía que pedirle matrimonio a Sara.

La aleación de metales era algo que le fascinaba, ya la fundición le parecía algo mágico, poder hacer que el oro y la plata se hicieran líquidos era algo que nunca había llegado a imaginar, pero estaba claro que siendo así podía conseguir que se modelasen a su antojo. Abraham Mossem era un experto en todo aquello, incluso investigaba nuevas técnicas de aleación y le encantaba enseñar todo aquello a Juan.

-¿Te has dado cuenta de cómo funde el oro y la plata? Es como un rito, hay que hacerlo siempre igual y siguiendo los mismos pasos para no romper el encanto.

-Sí, lo bueno sería encontrar ya los elementos fundidos.

-¡Jajaja!, claro, eso nos evitaría trabajo.

-Sí, aunque lo mejor sería conseguir transformar todos los metales en oro, o mejor, cualquier metal en oro, sería fantástico.

Abraham se quedó impresionado con lo que había dicho el joven.

-¿Sabes de lo que estás hablando, jovencito?- dijo en tono solemne. Ante la negativa de Juan se agachó y le susurró al oído.

-Ese es uno de los principios de la alquimia.

El muchacho se sobresaltó, la alquimia era cosa del demonio, eso había oído decir. La Inquisición Eclesiástica, precursora de la que años después sería el Tribunal de la Inquisición, perseguía aquellas prácticas como perseguía a las brujas. Últimamente la Iglesia perseguía cualquier indicio de herejía o práctica poco cristiana.

Abraham no pudo más que reírse ante la cara de miedo del joven.

-Eso es algo muy malo, ¿no?- preguntó con un hilo de voz y el miedo marcado en sus ojos azules.

-Vamos, vamos; se puede decir que sería algo bueno que a todo el mundo le gustaría conseguir pero que en realidad es prácticamente imposible.

-¿Vos lo habéis intentado?

-Bueno, todo buen orfebre ha tenido alguna vez esa obsesión, se abaratarían los costes, además que sería una fuente inagotable de riqueza- contestó con un brillo apasionado en sus ojos en los que Juan creyó advertir una chispa de secreta satisfacción- Bueno, se acabó la cháchara, vamos a cenar, esta noche hay cordero aromatizado con especias, no querrás perdértelo, ¿verdad?- dijo dando por finalizada la charla y mirando a su alrededor como esperando que nadie hubiera escuchado aquella conversación.

Aquellas afirmaciones dejaron inquieto a Juan. Estaba claro que el orfebre estaba realizando prácticas heréticas, seguro que intentaba obtener oro mediante la alquimia. En realidad a él también le gustaría. Fantaseó con la posibilidad de ser rico, enormemente rico, eso supondría poder tener los recursos necesarios para poder pedir la mano de Sara aunque todo aquello suponía un gran riesgo: si alguien se enteraba de su conversación con el anciano y sus prácticas podría denunciarle a la Inquisición Eclesiástica.

Sara fruncía el ceño y soplabla para apartar lo mechones que le caían por la cara. Era un gesto muy suyo que a Juan le encantaba. Llevaba tres años viviendo en casa del judío, trabajando codo a codo con Sara, pero esta seguía reticente y apenas le dirigía la palabra, le trataba casi como a un criado y eso le exasperaba.

Se creía superior y muy mayor por tener casi dieciocho años, hasta entonces había rechazado a todos los pretendientes y Juan pensaba que podía ser por él pero ahora se daba cuenta de que no era así, desde hacía unas semanas un joven acudía todas las tardes a sentarse con ella en el borde de la fuente y pasear por el jardín. Algunas veces el muchacho les había espiado y había visto como se reían y ella coqueteaba e incluso se había dejado coger la mano, estaba claro que el joven don Diego era del agrado de Sara y de su padre ya que le permitía visitar a la joven e incluso cenar con ellos dentro de la casa, algo que nunca habían hecho con él en aquellos tres años. Juan se sentía ofendido y despreciado, todo aquello daba al traste con todas sus expectativas. A don Diego no le importaba el taller de orfebrería ya que él era caballero del conde y su mayor preocupación eran los caballos y la vida de la guarnición.

Durante aquellos tres años Juan no había sido ajeno a todo lo que ocurría en la casa del judío. Abraham Mossem se había relajado en sus precauciones y no se ocultaba tanto a la hora de reunirse con otros conversos para realizar sus ritos del sabatth. También sabía que en el sótano tenía una especie de laboratorio en el que había diferentes y extraños tubos, matraces, alambiques y frascos de cristal sobre infernillos, le había espiado muchas noches y sabía que realizaba experimentos de alquimia y no le extrañaba que tuviera pactos con el demonio en los que participaban también sus amigos. Sabía todas sus rutinas: las compras, las ventas... y sabía que no se correspondía el oro que compraba con la cantidad de joyas que hacía, ¿de dónde lo sacaba? Juan no era tonto y estaba convencido de que el orfebre había conseguido la fórmula con la que conseguir transformar cualquier elemento en oro. Lo que le extrañaba sobremanera era las periódicas visitas de una extraña mujer que vestida de negro por completo entraba por la puerta de atrás para evitar miradas indiscretas. En un principio creyó que debía ser una mujer pública cuyos servicios solicitaba el judío aunque pronto desdenó aquella hipótesis, aquella mujer no parecía una ramera y el hombre la trataba con gran deferencia, casi con devoción. Permanecía apenas un par de días en la casa y se pasaban la mayor parte del tiempo en el laboratorio del sótano. Nadie sabía de lo que hablaban ni lo que hacían, pero pasados los tres días la mujer se marchaba para volver a los dos meses exactos.

La bofetada que le dio Sara el día que la intentó besar le dolió más en el orgullo que en la cara y ni siquiera la pedrada que había dejado aquella cicatriz en su ceja le ardió con tanta intensidad.

-¿Te vas a casar con ese petrimete que lo único que sabe hacer es pavonearse a caballo?- le preguntó con descaro.

-Sí, me voy a casar con él, ¿no pensarías alguna vez que podría enamorarme y casarme contigo?- dijo con desprecio- No eres más que un criado, un mendigo que mi padre recogió de la calle y si no fuera por nosotros te hubieras muerto de hambre. Nunca me casaría contigo, no eres lo suficientemente digno. Y si vuelves a tocarme alguna vez haré que te azoten.

“Eso lo veremos”- murmuró para sí Juan- “Puede que sea yo el que vea como te azotan a ti”.

El odio y el rencor empezaron a apoderarse de él. Se daba cuenta que nunca pasaría de un vulgar ayudante y que Abraham Mossem no lo consideraba su digno sucesor y que su altiva hija estaría encantada si le echaran de allí. Era probable que cuando se casara y su padre muriera le echara

ella misma. No podía consentirlo. Su mirada se volvió más torva, su cabeza no se levantaba apenas del suelo y su conversación menguó hasta utilizar solo monosílabos.

Pensaba mucho y por fin tomó una determinación: se iría antes de que le echaran y se establecería por su cuenta aunque aquello era sumamente difícil ya que no estaba seguro de que le dejaran entrar en el gremio de orfebres, tampoco tenía el suficiente dinero para comprar metales ni piedras preciosas, pero contaba con algo a su favor: podía conseguir la fórmula para transformar el hierro en oro, sabía como lo hacía Abraham, había memorizado todos los pasos cuando le espiaba: los cambios de matraz, el punto de ebullición, las disoluciones y el paso por las diferentes aleaciones.

El verano caluroso había dado paso a un otoño templado en el que los árboles se iban tiñendo de diferentes marrones y ocres. Don Diego había estado varias semanas sin aparecer por casa del judío ya que sus obligaciones para con el conde le habían mantenido ocupado. Fue el único momento en el que Juan se sintió bien, deseaba fervientemente que muriera en algún accidente a caballo o que le hirieran en alguna disputa. Miraba de reojo a Sara y esta a él, desde el día de la bofetada no habían vuelto a hablarse, ella estaba arrepentida de sus palabras y sabía que había sido muy dura con el joven y ansiaba poder decirle que lo sentía, pero Juan no le daba oportunidad, se limitaba a realizar su trabajo y ayudar a Sara cuando esta lo solicitaba pero el roce de su cabello ya no le impresionaba, su corazón se había endurecido y solo esperaba una oportunidad para conseguir su objetivo.

Don Diego regresó una tarde que Juan se encontraba descansando.

-Tú, coge mi caballo y dale de beber- dijo con altanería sin desmontar de su corcel y tratándole como un criado.

-Eso lo puede hacer uno de los sirvientes- rezongó malhumorado.

-¿Es que tú no lo eres?- preguntó extrañado.

-No, yo soy ayudante, casi un oficial de orfebrería- contestó con orgullo.

-¡Jajaja!, no me hagas reír, muchacho- dijo a pesar de que tan solo debía tener unos tres años más que él- He dicho que des de beber a mi caballo, ¡deprisa!

-¡He dicho que no soy un criado!- replicó levantándose y elevando la cabeza con altanería.

Don Diego desmontó y con gesto de enfado se acercó a Juan y le abofeteó varias veces justo en el momento en que llegaba Sara al jardín y se percataba de toda la escena.

Aquello era más de lo que Juan podía aguantar, se sentía humillado más porque Sara le lo había visto que por las bofetadas de don Diego.

-No llevaré el caballo- dijo con altivez y sin arredrarse.

El joven le volvió a abofetear y Sara corrió hacia los dos.

-¡Quietos!, ¡no le pegues más!

-No quiere llevar mi caballo a la cuadra- argumentó como si aquello fuera la cosa más increíble que había oído nunca.

-Juan, vete al taller- dijo Sara para intentar detener la disputa.

-No soy un criado- contestó él nuevamente.

-¡He dicho que te vayas!- ordenó Sara exasperada para evitar que don Diego se enfadara más, sin embargo Juan no lo entendió así y se sintió humillado nuevamente al tener que obedecer las ordenes de Sara como si fuera su señora.

-¡Pagareis por esto los dos!, ¡lo juro! Algún día lamentareis lo que habéis hecho- gritó con odio mientras se marchaba.

Se fue hacia dentro y fue un consuelo para él que no le vieran llorar pero su odio se había acrecentado hasta límites insospechados. Lo tenía claro: robaría el secreto de Abraham y se establecería por su cuenta. Aunque bien pensado.... ¿por qué empezar de nuevas cuando ya había un taller tan bueno como aquel? Sabía lo que tenía que hacer para conseguir el taller... y la casa y todo. Sonrió maliciosamente, aquella gente no se merecía otra cosa... si, sabía lo que tenía que hacer y lo haría.

El alguacil de la Inquisición Eclesiástica se presentó de improviso con dos soldados en la casa de Abraham Mossem un sábado. Había sido denunciado por ser un falso converso, realizar prácticas judaizantes y de alquimia junto con otros en el sótano de su casa, además de tener contacto con el demonio. Se encontraron a Abraham, a Sara y algunos vecinos celebrando el sabbath en el sótano y justo al lado una sala llena de frascos y matraces. El judío pidió saber quién le había acusado pero aquello era imposible de saber, la identidad del acusador y testigo era protegida, aún así se había investigado a Juan y no daba muestras de tener nada en contra de su señor, así que se dio por sentado que actuaba de buena voluntad y como buen cristiano cuya moral no le permitía seguir viviendo en aquel antro de constantes herejías.

Abraham se negó a confesar sus contactos con el demonio y sufrió tormento hasta la muerte, su hija Sara fue azotada para que confesara las orgías y las misas negras que se realizaban en el sótano de su casa para agradar a Satán y fue quemada en la hoguera con otras acusadas por brujería. Además de la casa y el taller, Abraham Mossem tenía terrenos y otros bienes que muchos no sabían pero que fueron confiscados y tal como dictaba la ley, por haber delatado todos los bienes ocultos que tenía, le fue otorgado un tercio de estos al acusador: Juan Expósito.

El otoño había hecho desaparecer las flores del jardín de la casa cuando Juan ocupó la cómoda estancia de Abraham. La inquisición se había quedado con los numerosos terrenos y ganado de los que se obtenían buenos beneficios, el aprendiz del judío quedó contento cuando le dieron la propiedad de la casa y el taller, no quería nada más. Se sentía como un verdadero señor, todo aquello era suyo, la iglesia le había recompensado bien por haber delatado al falso converso. El apresamiento y posterior castigo de alguien tan importante como el famoso orfebre había servido de escarmiento para muchos otros y ahora Juan a sus dieciséis años y medio se encontraba en posesión de todo aquello. Lo gozó por unos días disfrutando de todas las comodidades, para su sorpresa la mullida cama le resultó demasiado blanda y llevar anillos en sus dedos le resultaba algo incómodo, aún así le encantaba verse de aquella manera, pero su mayor ambición era la transformación en oro de los metales vulgares. Se internó en el apasionante mundo de la alquimia, recordaba todo el proceso, sin embargo muy pronto su ánimo empezó a decaer: debía haber algo que no hacía bien puesto que no conseguía los mismos resultados que su maestro. A todo esto se unió el que los nobles ya no acudían al taller como antes, el prestigio de Abraham había

acabado con su muerte y a nadie le interesaba ya acudir a Juan que no había pasado de un mero ayudante. Los nobles se decantaron por otros artesanos y el negocio fue decayendo. El joven abandonó el taller y despidió a los mozos, tan solo la cocinera quedó al cuidado de la casa mientras que el joven pasaba noche y día encerrado en el laboratorio haciendo pruebas y más pruebas hasta que un día, hastiado y furioso tiró los matraces de un manotazo. ¿Qué era lo que faltaba?, ¿qué?, ¿algún componente?. Juan se acarició pensativo la cicatriz de la ceja, pensó y pensó hasta que de pronto lo vio todo claro... aquella mujer que venía cada dos meses... seguro que ella tenía el componente que faltaba. Ella no sabía nada de lo que había pasado, por lo tanto acudiría a su cita con Abraham con normalidad pero a quien encontraría sería a Juan y a él tendría que confesarle el secreto. Si sus cálculos no fallaban la mujer tendría que llegar la semana próxima, se armaría de paciencia hasta entonces y lo tendría todo preparado.

Al descansar de su trabajo en el laboratorio se dio cuenta de lo dejado que estaba todo, la casa necesitaba reparaciones, la cuadra estaba sucia y por el taller correteaban las gallinas. Tuvo un momento de nostalgia al recordar el jardín en toda su floración con Sara sentada en el borde de la fuente, su risa cristalina y su cabello que a la luz del atardecer tenía todos los matices del otoño, pero aquello duró un instante tan solo, se merecían lo que les había pasado. Habían pagado por tratarle como un vulgar criado sin respeto alguno.

Los colores cálidos del otoño habían dejado paso a un invierno crudo que había convertido el jardín de Abraham en un esqueleto de ramas desnudas. La mujer vestida de negro estaba más acostumbrada a la lluvia que al frío extremo y sus ropas tampoco colaboraban para mitigarlo, no era tan mayor como Juan imaginaba pero sus ropas le hacían aparentar más edad. Entró en la bulliciosa Toledo tan diferente a su cabaña del bosque donde vivía, le gustaría poder llevar a su hija con ella en alguno de sus viajes aunque aún era demasiado joven, pero en un par de años irían juntas. Le era muy grato reencontrarse con su buen amigo Abraham Mossem, hablar de sus mutuos descubrimientos y dejarle algún ungüento para aliviar sus dedos reumáticos.

Nada más torcer la calle en donde se encontraba la casa del judío tuvo un pálpito. Se quedó quieta observando: las paredes no estaban encaladas y la entrada al taller estaba huérfana de clientes, aquello no era normal. Agarró el brazo de una mujer que pasaba por allí.

-¿Sigue viviendo aquí el orfebre Mossem?

-No, ya no, la Inquisición lo detuvo por falso converso y tratos con el demonio- dijo la mujer santiguándose.

-Vaya... ¿entonces está encarcelado?

-Ya no, murió mientras sufría tormento, al igual que su hija Sara, se negaron a confesar.

La anciana quedó tan sorprendida que no acertaba a articular palabra.

-¿Era usted pariente o amiga?- preguntó con intención la mujer mirándola con desconfianza.

-No, no- dijo asustada- Venía a recoger un anillo que mi señora encargó hace tiempo.

-¡Ahh!, bueno, ahora está todo abandonado pero entre y pregunte, el mozo que trabajaba de aprendiz es el único que vive ahora en la casa.

La anciana agradeció la información, pero no iba a llamar a la casa, sabía perfectamente como actuaba la Iglesia, probablemente el aprendiz era el que lo había delatado, recordaba a aquel muchacho y nunca le había gustado su mirada torva. Era mejor para ella dar media vuelta y olvidar

que alguna vez estuvo allí, si la relacionaban con Abraham sería posible que ella también acabara ante un tribunal inquisitorial.

Echaría de menos al viejo judío que siempre la había tratado con deferencia, juntos habían descubierto muchas cosas, cosas importantes, eran dos alquimistas que habían decidido aunar sus conocimientos para obtener logros importantes, ahora estaba sola, ¿con quien iba a compartir sus descubrimientos? Su hija era muy joven aún para entender lo que suponía todo aquello, ella era la heredera de todos sus conocimientos, de los suyos y los de todas sus antepasadas, toda una estirpe de mujeres sabias que obtenían su saber ancestral de la Naturaleza y que ella había ampliado con los conocimientos de Abraham. Chasqueó la lengua con una mezcla de rabia y resignación y dio media vuelta.

Juan se impacientaba a medida que pasaban los días, ¿dónde estaba aquella maldita mujer?

-María, ¿no ha venido la mujer que solía visitar a Abraham?

La cocinera movió la cabeza negativamente mientras amasaba con fuerza sobre la mesa.

-Quizás se haya enterado de que ya no vive aquí- dijo con tono malhumorado. Desde que la Iglesia había apresado a su señor ella se había mantenido distanciada, no tenía ninguna simpatía por aquel joven al que consideraba un traidor y una mala persona que había vendido al hombre que le había sacado del arroyo y le había dado de comer, además de una oportunidad en la vida. Era un desagradecido y esperaba sinceramente que tuviera un merecido castigo.

-¿No le habrás avisado?- preguntó Juan entrando en la cocina para horror de María que consideraba aquella estancia como sus dominios. Cogió un pequeño trozo de pan y lo mordisqueó descuidadamente esperando la contestación de la cocinera.

-No, yo no conozco a esa mujer, solo la he visto un par de veces- respondió nerviosa amasando con más fuerza aún como si aquello tuviera la capacidad de dotarla de una fuerza extra para enfrentarse a las preguntas de su nuevo señor.

-Yo la vi el otro día- dijo uno de los proveedores que acababa de entrar con un cesto de verduras y se secaba el sudor de la frente.

-¿Cuándo?- preguntó Juan con interés tirando al suelo el trozo de pan que mordisqueaba.

-Ayer mismo- contestó el muchacho que no tendría más edad que Juan.

-¿Y por qué no vino?-preguntó en voz alta.

-Yo creo que le dijeron que Abraham ya no estaba y se largó a toda prisa- dijo el mozo.

-¿Por qué a toda prisa?

-Es una bruja, tendría miedo de acabar igual- contestó encogiéndose de hombros.

-¿Tú sabes dónde vive?- preguntó esperanzado.

-Ni idea, pero creo que viene de muy lejos, del norte, por el Camino de Santiago.

-Rafael, coge esos cestos y llévatelos- dijo María enfadada porque el muchacho diera tanta información.

Juan tuvo un atisbo de esperanza.

-¿No sabrás su nombre?

El mozo se encogió de hombros.

-Creo que ella si lo sabe- contestó señalando a María.

-Se llama Iria- murmuró de malos modos la cocinera sabiendo que sería inútil negarse a decírselo.

-¡Bien!- exclamó henchido de satisfacción Juan que salió de la cocina apresuradamente.

-Ojalá la encuentres y te mande directamente al infierno...- murmuró llena de odio la cocinera. El joven alquimista ya tenía por donde empezar, necesitaba a aquella mujer que estaba llena de secretos. Ahora sabía su nombre y de dónde venía, probablemente sería conocida, pero ¿estaría ella presta para contarle lo que sabía? No podía llegar hasta ella y exigirle sus conocimientos, podía negarse fácilmente, ¿qué era lo que tenía que hacer?

Lo que en un principio pensó que sería fácil no lo fue tanto, por mucho que preguntaba nadie le daba razón de Iria, quizás porque no la conocían o porque temían que la relación con una bruja pudiera causarles problemas con la Iglesia. Juan se metió de lleno en el taller, pero no para realizar joyas sino para experimentar con los matraces y los líquidos que había ocultado del laboratorio de Abraham Mossem pero no conseguía avanzar en ninguna dirección, en aquellos momentos en los que se sentía tan frustrado daba un manotazo y tiraba todo lo que había encima de la mesa. María oía los golpes y sonreía para sí, nunca había estado de acuerdo con las prácticas del judío pero le alegraba enormemente que aquel joven no consiguiera lo que pretendía.

Casi no comía ni dormía, no tenía con quién compartir sus investigaciones. Había sido un estúpido al entregar a la justicia a quienes podían haberle ayudado en sus estudios, estaba solo y así no conseguiría progresar. Tenía verdadera necesidad de conocimiento y él apenas sabía leer y escribir un poco, ¿qué podía hacer?, nadie le ayudaría, era un delator, nadie confiaría en él, ¿nadie?

¿Dónde se encontraba la sabiduría? Sin duda en la casa de Dios. Ellos contaban con libros. Allí iría, tenía que aprender muchas cosas. Donó la casa y el taller a la Iglesia y esta le aceptó en su seno.

La Iglesia continuaba inexorable su avance por la península para limpiar de falsos creyentes y herejes la fe verdadera aunque no sería hasta 1478 cuando se constituyera el Tribunal de la Santa Inquisición pero aquello no haría otra cosa que formalizar lo que ya ocurría. Los dominicos perseguían cualquier atisbo de pecado. Los juicios de faltas, escarmientos públicos y ejecuciones estaban a la orden del día. La gente de a pie temía a los dominicos más que al diablo, en especial temían a uno de ellos, inexorable en sus investigaciones, no concedía el perdón ni para las causas más mínimas.

El humo cada vez era más intenso y llenaba los pulmones de los ajusticiados haciéndoles toser. Lo peor vino después, cuando las lenguas de fuego comenzaron a roer sus vestimentas y luego sus cuerpos. El olor a carne quemada se hacía insoportable y los gritos de dolor inundaban los oídos de los asistentes desgarrando sus entrañas. Solo había una persona que permanecía impassible: Monseñor Expósito contemplaba como los herejes ardían sin inmutarse, cualquiera diría que la visión de la carne quemada retorciéndose de dolor le producía un secreto placer. Se pasó inconscientemente el índice por la cicatriz que tenía en una ceja y suspiró aliviado cuando los gritos cesaron. Los ajusticiados habían muerto confesando sus pecados, él había hecho lo que había podido por sus almas, en cuanto a sus cuerpos era necesario el tormento. Juan Expósito había tenido una carrera meteórica desde que tomara los votos veinte años antes. Se había

convertido en monseñor y era amigo personal de Torquemada al que se consideraba alguien tremendamente influyente en la corte y con gran proyección e importancia en la Iglesia, fomentando la limpieza de sangre y purgando la fe verdadera. Por todo eso Monseñor Expósito era muy temido y respetado, nadie osaba discutir sus decisiones pues esto podía suponer una inmediata acusación de traición o algo peor. Era inteligente, había aprovechado los conocimientos que le habían ofrecido, incluso los más ocultos, había desempolvado libros y manuscritos en los que gracias a sus conocimientos de latín y lenguas antiguas podía desentrañar fórmulas griegas y árabes de alquimia, medicina, matemáticas... Se había convertido en un erudito y en su falsa humildad pedía que le llamaran simplemente fray Juan, haciendo gala de una inexistente modestia. Ahora, con la excusa de librar al pueblo del demonio iba buscando brujas por todo el reino intentando descubrir a la que le interesaba de verdad. No había perdido la esperanza de encontrar a Iria aunque le atenazaba el temor de que hubiera muerto, habían pasado casi veinticinco años desde la última vez que viera a la mujer en Toledo.

Una jovencita de cabello castaño y ojos almendrados mantenía en alto un pequeño tarro de vidrio, su ambarino líquido se movía con la lentitud propia de su textura espesa como la miel pero con propiedades diferentes, muy diferentes. Aquel tarro lo guardaba su abuela como oro en paño pero desde hacía unos días lo tenía a mano y le había dicho muy seriamente que si se sentía en peligro se lo bebiera de un solo trago y huyera rápidamente sin dejar rastro ni de ella ni del tarro.

Fuera de la cabaña en la que vivían, una lluvia fina pero persistente caía casi sin hacer ruido limpiando el bosque y resaltando los colores de la vegetación dejándolos brillantes y jugosos. La cabaña se encontraba cerca de un dolmen y por eso se sentían protegidas. La anciana Iria instruía a su nieta en todos los conocimientos que la Madre Naturaleza le aportaba: sabía el nombre de las plantas que podían curar y las que resultaban venenosas, cuales eran los árboles que daban protección y las zonas del bosque de las que se tenía que apartar.

-¿Por qué no podemos atajar por allí?- solía preguntar Isabel señalando un oscuro paso entre los árboles.

-Allí no debes acercarte nunca, allí está la Peña do Inferno- le había dicho su abuela en numerosas ocasiones.

-¿Qué es la Peña do Inferno?- preguntaba curiosa.

-Un lugar lleno de energía negra- aseguró la mujer con un estremecimiento- es la puerta del Inferno.

-¿Y cómo es?- insistía la joven con normal curiosidad.

Su abuela dejaba entonces de machacar raíces y la miraba con atención y cierta inquietud.

-Mi pequeña Bel- que era como la llamaba cariñosamente- eres tan curiosa como tu madre y eso no es nada bueno- dijo con el ceño fruncido.

A la joven siempre le gustaba que su abuela le contara cosas de su madre pues ella no había llegado a conocerla al morir durante su alumbramiento.

-¿Me parezco a ella?- preguntó.

Su abuela cambió ahora su gesto por uno más suave y le acarició el cabello.

-Claro que te pareces a ella, eres inteligente, bonita y con un corazón transparente, por eso debes tener cuidado y no dejar que nunca nadie te lo emponzoñe. Prométeme que nunca te acercará a ese lugar- le decía seriamente y con el temor instalado en su rostro- a la Peña do Inferno

-No abuela, no te preocupes.

Pero Isabel soñaba con aquella Peña do Inferno imaginando un lugar lleno de misterio y monstruos. No era esa la única prohibición de su abuela, tampoco podía tocar el azabache, la piedra negra característica de la comarca. Se trataba de madera fosilizada que por su gran combustión solía utilizarse para hacer fuego pero también era muy apreciada por lo bella que era. Las gentes la utilizaban normalmente como amuleto contra las brujas pero su abuela la había explicado que ellas pertenecían a la clase de meigas blancas cuyo poder residía en la Naturaleza y no en las sombras del mal. Todas las mujeres de su estirpe habían sido afamadas y reputadas meigas de gran poder e incluso los elementos de la Naturaleza como el fuego, el viento y el agua se plegaban a sus deseos.

Ni acercarse a la Peña do Inferno, ni tocar el azabache, por todo lo demás Isabel era completamente libre en el bosque y la Naturaleza la protegía.

Las visitas de los vecinos del pueblo habían menguado mucho en los últimos tiempos aunque aún eran bastantes los que se acercaban a ella para pedir algún remedio contra las verrugas o una pócima de amor que aliviara sus cuitas.

-¿Por qué es tan importante este filtro, abuela?- insistió la muchacha mirando a través del ambarino líquido.

-Ya eres mayor Isabel- dijo su abuela llamándola por su nombre completo como hacía siempre en las conversaciones importantes- Ya tienes casi veinte años y eres mayor para entender las cosas. Corremos peligro, la Iglesia está por todas partes y es probable que nos descubran, en ese caso el líquido de este tarro será tu salvación.

-¿Y tú?- preguntó la joven con aprensión sentándose en el suelo a su lado.

-¡Ay mi pequeña Bell- dijo llamándola por aquel apelativo cariñoso por el que todo el mundo la conocía- Yo ya estoy vieja para huir y escapar- continuó con una sonrisa cansada mientras pasaba la mano por el cabello de su nieta que estaba sentada en el suelo y apoyaba la cabeza en su regazo- lo que sea, será. Pero tú eres joven, has atesorado todos mis conocimientos y tienes que vivir.

Abuela y nieta habían vivido siempre juntas en aquella cabaña del bosque comiendo lo que la naturaleza les ofrecía y ayudando a las gentes de la comarca aliviando sus dolores con ungüentos y remedios caseros. Nunca habían tenido ningún problema y la gente aceptaba su condición de meigas sin más temor pero en los tiempos revueltos que vivían donde había traidores y delatores detrás de cualquier esquina, el peligro de acabar en la hoguera de la Iglesia cada vez estaba más cerca y la anciana Iria tenía que velar por la seguridad de su nieta.

-Pero abuela, yo no voy a ir a ningún sitio sin ti. Si emprendemos el camino ahora mismo podríamos encontrarnos en un lugar seguro en un par de semanas- suplicó con los ojos brillantes por la expectativa del viaje.

-No cariño, mi camino termina aquí y no voy a ir a ningún sitio- dijo con tristeza- No puedo marcharme de aquí.

-¿Y por qué quieren acabar con nosotras?- preguntó inocentemente- No hacemos nada malo.

-Somos meigas Isabel, métetelo en la cabeza. Tenemos conocimientos y poder sobre los elementos de la naturaleza, podemos provocar tormentas, echar mal de ojo... podemos hacer muchas cosas malas, pero también buenas.

-Nunca te he visto hacer daño a nadie.

-Es cierto, pero tú tendrás que hacerlo. He visto tu futuro y sé que necesitaras de todos los conocimientos y embrujos que has aprendido para poder sobrevivir- confesó.

La muchacha estaba bastante desconcertada, sentía como si su abuela supiera más de lo que decía y como si estuviera a punto de terminarse aquella vida y empezar una totalmente distinta.

La lluvia dejó paso a un viento helado que abrió la puerta de par en par y apagó de golpe la llama de la vela sumiendo la cabaña en total oscuridad. La anciana Iria chasqueó los labios con malestar, no le gustaba todo aquello. El mal se estaba acercando antes de lo que ella pensaba.

La predicción de la anciana se cumplió. Una mañana en la que Bel estaba en el bosque cogiendo moras, el aguacil junto con un par de soldados apareció en la cabaña y se llevaron a la anciana. Cuando su nieta volvió y se encontró todo revuelto supo inmediatamente lo que había ocurrido, la cesta de moras se cayó al suelo desparramando el contenido; sentía un nudo en el pecho, quería llorar pero algo en su interior, una fuerza llena de calor y cariño que parecía emerger del centro de su corazón, la impulsaba a marcharse de allí y ser fuerte para emprender una vida en solitario, era la fuerza de su abuela la que la infundía aquel valor, pero antes de irse tenía que hacer algo.

Monseñor Expósito era un hombre de casi cuarenta y cinco años, de piel atezada por los largos viajes a caballo recorriendo la España cristiana, músculos prietos por el ejercicio y unos ojos de un azul profundo que daban miedo, su rostro atractivo tenía un halo de crueldad acrecentado por una cicatriz en su ceja. Cuando oyó el nombre de Iria por aquella comarca dio un respingo, casi había perdido la esperanza de encontrarla y en su interior un cosquilleo emergió, tenía que encontrarla, tenía que conocer sus secretos. Ahora que estaba tan cerca de ella no podía perder la oportunidad.

Se la presentaron con los grilletes puestos y la anciana perdió el equilibrio cayendo sobre las duras losas de la casa episcopal. Monseñor Expósito se mantenía sentado cómodamente en su sillón mientras contemplaba con asco a la mujer despeinada, malherida y casi sin ropa que se encontraba tirada en el suelo.

-¿Eres Iria?- preguntó secamente.

La anciana elevó su mirada ante él y un recuerdo golpeó su memoria como un latigazo. Reconoció en aquel hombre al muchacho de mirada torva que habitaba en la casa de Abraham Mossem.

-Si lo soy- dijo orgullosamente- y tú eres el huérfano que recogió el orfebre de Toledo, ¿no?- preguntó con voz lo suficientemente elevada para que el resto de los asistentes la escuchara. Muchos murmullos recorrieron la estancia.

Rojo de ira al recordarle sus orígenes, fray Expósito se levantó de la silla y se acercó a grandes zancadas a la anciana, se agachó y la levantó en vilo por un brazo. Muchos pensaron que la mataría de un solo golpe.

-No eres más que una bruja, ¡arrepíentete de tus pecados!

-Yo no tengo pecados, al menos no de los que se me acusa.

-¡Sacrílega!- exclamaron varias voces.

-Haz lo que quieras conmigo, estoy dispuesta para la hoguera.

-No dudes que acabarás en ella, pero primero tienes que darme alguna información- dijo en voz baja.

La anciana le miró con extrañeza, ¿Qué podía saber ella que interesaba tanto a aquel hombre? Una idea pasó veloz por su mente y la recogió con una sonrisa.

-Quieres los secretos de Abraham, ¿no es cierto?

Fray Expósito miró a ambos lados, no quería que nadie le oyera y despidió al resto de los asistentes, quería hablar con la vieja a solas.

-Abraham y tú conseguisteis la piedra filosofal, ¿no es cierto? Estoy convencido de que hay alguna manera de conseguir que cualquier metal se convierta en oro, Abraham lo hacía pero yo no pude conseguirlo, sé que falta un elemento y sé que tu lo sabes. Dímelo y seré magnánimo contigo.

-Claro que lo sé, pero transformar cualquier metal en oro es algo insignificante con lo que descubrí años más tarde- murmuró con una sonrisa de satisfacción en sus ojos nublados por las cataratas- Algo que nunca te diré.

-¿Qué es?- preguntó anhelante. Los años de estudio en la Iglesia le habían dotado de un ansia de conocimientos, era un erudito y cualquier descubrimiento era comparable a un tesoro, ¿qué sería lo que Iria había descubierto y era más importante que transformar en oro cualquier metal?

En aquel momento el poder había pasado de una mano a otra, ya no estaba en las de monseñor Expósito, ahora estaba en manos de una anciana con grilletes.

-Iria, tengo poder, podría ayudarte a escapar de aquí, ¿por qué no me lo dices?

-Es algo mucho más importante que el convertir el hierro en oro, mucho más importante- anunció abriendo los ojos y hablando a escasos centímetros de la cara del sacerdote- pero no eres digno de conocerlo, de tener en tus manos ese poder. No creo en tus promesas, tú vendiste a Abraham, ¡eres un traidor!- dijo escupiéndole en la cara.

La actitud de Monseñor Expósito cambió, se levantó y se limpió la cara.

-Morirás en el peor de los tormentos y veré como tu cuerpo se retuerce con el fuego-dijo con odio- pero antes me dirás lo que quiero, ¡guardias! ¡Llevad a esta mujer al potro de tortura hasta que hable!

Los dos guardias se miraron con estupor, en las condiciones en las que se encontraba la anciana el potro sería para ella mortal en cuestión de un par de horas, aún así no dijeron nada y se limitaron a cumplir las órdenes recibidas.

Se llevaron a la anciana a las mazmorras pero durante mucho tiempo la risa triunfal de Iria le martilleó en sus oídos.

-Es una meiga muy conocida, han sido muchos los que la han delatado- dijo una voz a su espalda.

Fray Expósito se volvió y se encontró con la oronda figura del sacerdote Castiello que miraba un plato con fruta.

-¿Y por qué vos todavía no la habíais arrestado?- preguntó con enfado mientras veía como el sacerdote cogía unas cuantas uvas del frutero de la mesa y se las comía con avidez.

-Bueno...- intentó tragar rápidamente para responder- ha sido muy difícil dar con ella, se ocultaban en el bosque...

-¿Se ocultaban?, ¿quiénes?

-Con su nieta Bel, una muchachita muy bonita pero sin duda criada como una salvaje-comentó el sacerdote relamiéndose lujuriosamente.

-¿Y dónde está ahora?- preguntó observando con asco como el sacerdote se metía en la boca otro puñado de uvas y el dulce jugo resbalaba por su barbilla.

El sacerdote se encogió de hombros.

-¿Me estáis diciendo que esa muchacha está libre? ¡Quiero que la traigan inmediatamente!- gritó- Monseñor Torquemada quedará muy sorprendido al saber que en esta comarca galaica el perseguir a las brujas ha sido algo dejado en segundo plano porque su sacerdote estaba muy ocupado en Dios sabe qué asuntos.

La amenaza surgió el efecto deseado, el sacerdote Castiello se chupó los dedos apresuradamente y se los terminó de limpiar en la sotana. Su rostro se tornó blanco y salió de la estancia con rapidez.

¿Qué sería más importante que convertir cualquier metal en oro?, la piedra filosofal tenía esas propiedades pero también... ¡la vida eterna! Su extrañeza ante aquella idea se traslució en su ceño fruncido, ¿sería acaso posible? Se paseó nervioso por la estancia, tenía que encontrar a aquella muchacha, si las palabras de la anciana eran ciertas había sentido su propio final y sería muy posible que le hubiera transmitido a su única descendiente sus conocimientos.

La anciana resistió al tormento más de lo que hubieran imaginado, se negó a decirle a aquel sacerdote pretencioso cualquier secreto, sus labios quedaron sellados y no dijo ni una palabra en su defensa por lo que fue condenada a morir en la hoguera.

Antes de huir a otro lugar Isabel quiso despedir a su abuela en su último día en este mundo. Sabía que había sido condenada a morir en la hoguera y quería mandarle su amor y fuerza para que superara aquel momento lo más rápidamente posible. Asistió a la horrible muerte de su abuela entre las llamas escondida entre la gente, lloró amargamente y buscó entre los asistentes al causante de aquello y cuando encontró a aquel sacerdote de ojos azules oscuros supo que era él, y sobre ellos fijó lo suyos cálidos y castaños con tal intensidad que a Monseñor Expósito no le quedó más remedio que volverse como atraído por una fuerza invisible que le obliga a ello. Ambos se miraron durante unos segundos grabando a fuego el rostro del contrario y el sacerdote al punto se dio cuenta de que la muchacha que le miraba con tanta intensidad era una bruja y probablemente sería la nieta de Iria.

El dominico apartó a la multitud que le rodeaba intentando llegar a la joven ante el estupor de la gente pero cuando llegó al sitio donde se encontraba, la muchacha ya se había marchado. Rápidamente ordenó a los soldados que persiguieran a aquella muchacha. Lo primero era registrar la casa del bosque, tal y como Bel había imaginado que harían.

Parecía como si el propio bosque conspirara contra la Iglesia para impedir que encontraran la pequeña cabaña. Las ramas se habían entretreído de tal forma que les costaba mucho avanzar y a veces los caballos se encabritaban cuando la niebla les envolvía y les impedía ver más allá de dos palmas. Por fin, y con mucho esfuerzo consiguieron llegar al claro del bosque en el que se encontraba la cabaña como una isla en medio de la vegetación. Fray Juan Expósito desmontó y les dio orden a los soldados que no entraran aún. Quería estar solo con la muchacha, sería muy fácil convencerla, apenas era una cría. Le sorprendió encontrarla sentada en el suelo tan tranquila pero cuando se acercó a ella se paró en seco, se encontraba dentro de un círculo blanco pintado en el suelo, tenía las manos juntas en su regazo y parecía tranquila.

-Vaya, vaya, nos ha costado mucho dar contigo- dijo Monseñor Expósito intentando usar un tono de voz agradable. La observó de cerca sin llegar a pisar el círculo. Tenía el cabello castaño y los ojos dorados y almendrados, su piel era muy fina y sus labios carnosos, era una pena que aquella preciosidad tuviera que arder en el infierno.

-Eres Bel, ¿verdad?, ¿Por qué no has huido?- preguntó con una mezcla de ansiedad y asombro al ver que la muchacha no se inmutaba con su presencia.

-Quería verte de cerca- le replicó descaradamente la muchacha sin apartar la vista del hombre.

-Pues aquí me tienes, ahora solo tienes que venir conmigo y arrepentirte de todos tus horribles pecados, me dirás todo lo que quiero saber y habrá acabado todo- dijo intentando que sus palabras sonaran creíbles- Tu abuela me dijo que tu me dirías su secreto. Intenté ayudarla pero sus pecados eran demasiados para salvarla. Debes confesarte conmigo y contármelo todo.

-Iré a la hoguera yo también, ¿no es cierto?- preguntó sin moverse y sin creer las palabras que decía el sacerdote.

-Te prometo que si colaboras conmigo tendrás una muerte sencilla y te ahorraré el suplicio de las llamas- dijo sabiendo que llegados a ese punto solo la verdad podría ayudarle con aquella osada muchacha. Extendió su mano en actitud conciliadora animando a Isabel a que saliera del círculo que no se atrevía él a cruzar.

Por un momento pareció que Isabel titubeaba pero cuando el sacerdote creía que aceptaría, la muchacha esbozó una sonrisa de satisfacción. El eclesiástico vio como la joven sacaba un pequeño frasco que había mantenido oculto en su regazo y bebía el ambarino líquido que contenía. Al instante un relámpago iluminó toda la estancia mientras que un espeso humo se apoderó del lugar haciendo totalmente imposible ver algo. Una fuerza invisible empujó al sacerdote contra la pared derribándole y dejándole semiinconsciente, tan solo pudo oír la voz llena de fuerza de la muchacha mientras él se sentía desmayar.

-¡Pagarás muy caro lo que has hecho, yo te maldigo en el nombre de todas las brujas que desde el más allá claman venganza!- En ese momento Isabel tomó conciencia de su verdadera naturaleza e hizo suyo todo lo aprendido hasta entonces y supo que ella pertenecía a una estirpe de mujeres únicas en el mundo entero.

Cuando los soldados entraron en la cabaña alertados por la luz y el chasquido del relámpago se encontraron a Fray Juan Expósito tendido en el suelo medio inconsciente, el humo comenzaba a eliminarse pero no había rastro de la muchacha, tan solo un pequeño frasco con algunas gotas de líquido en su interior que el sacerdote agarraba con fuerza como si fuera un tesoro.

Cada vez que Alex miraba a Linda parecía que el resto del mundo no tenía sentido. Era como si la Tierra se detuviera cada vez que ella se tocaba el pelo o sonreía. En el fondo de su corazón quería creer que a ella también le gustaba él, en algunas ocasiones se habían cruzado sus miradas y había creído ver un brillo en sus ojos pero otras veces... muchos le consideraban un friky por ser del equipo de esgrima, no eran muchos los que participaban en aquel deporte pero a él le encantaba. Sabía que el jefe del equipo de baloncesto estaba detrás de ella y era una dura competencia, tenía que hablar con ella antes de que lo hiciera Ron. Pensaba armarse de valor y pedirle que saliera con él en la fiesta de Halloween, esperaba que no estuvieran las estúpidas de sus amigas delante.

-Si no cierras la boca pronto se te empezará a caer la baba y serás el hazmerreír de todo el instituto- susurró Martin que estaba sentado en la mesa de al lado.

-¿Qué?- preguntó Alex volviendo a la realidad y mirando con estupor a su amigo.

-Alex tío, o le dices algo o te olvidas de ella pero no puedes seguir así- reiteró molesto Martin mientras se pasaba la mano por la cabeza para alisar su pelo cobrizo y rebelde.

-Ya, ya lo sé- contestó con fastidio al tiempo que daba una patada a su mochila para abrirla y sacar el libro que el resto de la clase había sacado ya por indicación del profesor.

-No es más que una chica- dijo Martin ahogando un bostezo.

-¿Te parece poco?. Es...una diosa- se escandalizó Alex como si Martin hubiera dicho una herejía.

-¡Jajaja!, si la diosa del instituto. No está mal pero no es para tanto, yo prefiero a Kelly- dijo dirigiendo su mirada a la aludida que como si supiera que hablaban de ella volvió la cabeza en dirección a los dos jóvenes y esbozó una sonrisa provocativa al tiempo que se estiraba en la silla para que sus desarrollados pechos lucieran mejor.

Martin se incorporó como un resorte en su silla y el sopor y el aburrimiento desaparecieron de un plumazo.

-¿Has visto eso, chaval?. Eso si que es una diosa- dijo rápidamente mientras el profesor le hacía una muda indicación para que se callara y atendiera.

A pesar de que Martin era su mejor amigo, en aquellos asuntos nunca le entendía, él lo veía todo fácil, pero para Alex era diferente, aunque era un chico simpático y educado que caía bien a casi todo el mundo era un poco tímido, sobre todo con las chicas y Linda era su punto débil, estaba

enamorado de ella desde que los dos eran pequeños, incluso fueron novios durante dos semanas cuando tenían 7 años, pero de aquello hacía ya mucho. Aún así la decisión estaba tomada, quedaba una semana escasa para la fiesta de Halloween, entonces hablaría con ella. Además por la mañana tendrían la competición de esgrima y él era uno de los favoritos, era bueno, muy bueno y lo más probable es que ganara, eso le daría ánimo.

Jack Bacarezza estaba terminando el informe, aún le quedaba adjuntar el del forense pero supondría que al igual que había sucedido con el de los otros chicos no le aportaría ningún dato significativo. Lo leyó con hastío mientras los teléfonos no paraban de sonar a su alrededor, no recordaba que en algún momento de su permanencia en el departamento hubiera habido un solo momento en que no sonara algún teléfono, era parte del ambiente y probablemente sin él, se hubiera sentido extraño. La autopsia confirmaba sus sospechas: todo parecía normal, no tenía ningún golpe significativo de empujones, tan solo las lesiones producidas al caer desde lo alto del instituto y quedarse clavado en la reja en vez de estrellarse contra el suelo. Ahora solo le quedaba ir a la casa del muchacho e intentar localizar alguna nota de suicidio aunque si las coincidencias continuaban sabía que no habría ninguna.

La casa de Joy era como cualquiera de un barrio típico: blanca, con una valla, un pequeño jardín y poco más, sin pretensiones, modesta y discreta. En ella sus padres recibieron a los dos detectives. Mientras Mike hacía las preguntas de rigor, Bacarezza fisgoneó en su habitación. Era más o menos como la de cualquier muchacho de su edad, con posters de grupos musicales en las paredes, un ordenador y varios libros un tanto extraños para la juventud del momento: Edgar Allan Poe, Lovecraft,... En su ordenador encontró trabajos de instituto, juegos, mails de amigos... nada significativo, aunque algo flotaba en el ambiente. Sobre su mesa había unos cuantos folios con apuntes y dibujos de calaveras y cruces, todo un tanto gore o gótico. El fondo de escritorio del ordenador representaba un cementerio abandonado y nevado. Aquello le sonaba vagamente pero no sabía exactamente dónde lo había visto. No encontró ninguna nota de suicidio aunque la habitación en general no parecía muy alegre. Se asomó por la ventana, se veían otras casas iguales a esta, unos árboles que trazaban con meticulosidad el borde de la carretera y en un lado un panel de publicidad con la bonita y sonriente cara de la modelo del anuncio de la farmacéutica Alkimax.

En el distrito financiero de la ciudad de Nueva York, en Manhattan, parecía como si los rascacielos pugnaran entre ellos para elevarse hasta el cielo, parecía imposible que alguno de ellos no arañara las nubes con sus áticos picudos y desde los ventanales de los más altos se podía contemplar con vértigo la ciudad a sus pies. En uno de aquellos colosos de acero y cristal, en la última planta se encontraba el despacho del presidente de la empresa química y farmacéutica más importante de los últimos tiempos, J. Foundling. Había desarrollado una gran expansión desde sus comienzos en Boston y ahora sus productos eran conocidos en todo el estado, sobre todo desde

que gracias a un proyecto solidario habían conseguido vacunar a prácticamente toda la totalidad de los niños de un país africano. Aquello había sido un bombazo estupendamente gestionado por los asesores de comunicación de Alkimax y gracias a aquella magnífica publicidad habían conseguido tener una gran imagen de marca siendo por esto la mayor y más importante farmacéutica estadounidense con proyección en Iberoamérica. Para Alkimax trabajaban cientos de químicos, médicos y toda clase de investigadores, además de poseer un bufete de abogados que podría poner en aprieto a cualquiera que se atreviera a poner en duda cualquiera de sus patentes.

Alkimax cotizaba en bolsa y se decía que incluso controlaba más nivel de inversión y negocio que cualquiera de los grandes bancos. Sus tentáculos se extendían a todos los niveles, incluso políticos, éste era el motivo por el que había conseguido varias concesiones para comercializar productos sin pasar por toda la burocracia necesaria, aunque esto no lo sabía prácticamente nadie y a nadie le interesaba que su supieran los privilegios que se le otorgaban a la farmacéutica.

El despacho del presidente de Alkimax se situaba en la última planta del rascacielos, la sede principal de la empresa. Se trataba de un espacio luminoso, apenas tenía paredes pues la mayor parte la formaban cristalerías que dejaban ver el paisaje de Manhattan en 180 grados. Las vistas eran espectaculares y las reuniones allí solo servían en beneficio de su presidente ya que llegaban a impresionar tanto a los asistentes que las decisiones se tomaban rápidamente. Algunos incluso decían haber padecido cierto vértigo al sentirse prácticamente en el aire ya que la ausencia de cortinas daba más amplitud a la estancia. Por lo demás el mobiliario era bueno pero funcional, podría definirse como minimalista y el único adorno consistía en el inquietante cuadro de Caspar David representando un cementerio nevado, o más bien debía tratarse de una reproducción ya que el original había desaparecido y sólo existía una copia en el National Gallery de Berlín.

J. Foundling estaba muy orgulloso de aquel emplazamiento, en su anterior ubicación, en Boston, cuando la empresa se llamaba Founmax, también tenía unas buenas vistas pero nada comparable a tener prácticamente la ciudad de Nueva York entera a sus pies. Por lo demás el despacho podría definirse como totalmente aséptico y esterilizado, sin más objetos personales que la solitaria foto de una jovencita sobre una recia mesa, lo que acrecentaba su aspecto frío y desgarrado.

El presidente, un hombre que rondaba los cincuenta años, alto y de buen porte se paseaba por el despacho mirando por las cristalerías mientras que otro hombre más joven le leía ciertos informes.

-Bien- dijo el presidente- según parece todo está saliendo perfectamente. Con este sujeto hay más probabilidades, ¿no es así?- Poseía una voz varonil.

-Sí señor- dijo el hombre joven que además de ser uno de sus abogados era su mano derecha- de momento no ha habido ningún problema.

-¿Cómo que de momento?- preguntó el presidente dándose la vuelta y fijando sus penetrantes ojos azul oscuro en los del joven. Por un momento su ceño se frunció en un rictus de impaciencia y enfado.

-Bueno....- dijo el joven tanteando el terreno y procurando no alterar al presidente- Lo que estamos haciendo es peligroso e ilegal, todo va bien, pero no podemos tener la certeza absoluta de que todo vaya a continuar igual.

-Por eso no se debe cometer ningún error- contestó calmándose. Le gustaba aquel joven, nunca perdía la serenidad y era el único que aguantaba sin inmutarse sus cambios de humor cuando algo no salía como él había pensado. A veces detestaba tener que delegar en los demás y preferiría hacer las cosas él mismo, pero por su estatus era imposible y en aquel joven había encontrado el apoyo perfecto, confiaba en él plenamente.

El sonido del teléfono interior le sacó de sus pensamientos.

-Su hija por la línea dos- le dijo la voz risueña de su secretaria.

Pulsó el botón y su expresión se ablandó considerablemente. El abogado sonrió divertido, las llamadas de su hija Christine eran como un bálsamo para su carácter, era la única que podía sacar de él una sonrisa.

-Hola cariño, ¿qué tal te encuentras?, ¿te gusta el nuevo instituto?. Ya sé que es rígido pero tendrás que acostumbrarte, es lo mejor en los tiempos que corren. Ya sé que estabas más cómoda en Suiza pero así estás más cerca de mí.... Está bien, intentaré visitarte el sábado, o mejor, te mandaré un coche y comeremos fuera. Si, lo prometo, un beso.

El presidente colgó y se dirigió a su ayudante para continuar con el informe.

-Quita esa estúpida sonrisa de tu cara- murmuró sin mirarle.

-No se enfade, es bonito ver como ejerce de padre preocupado. ¿Ha sido muy duro el cambio de país para su hija?- preguntó el joven con interés.

-Mi hija es una jovencita muy despierta y capaz, tardará un poco en adaptarse pero al final me lo agradecerá. Además aquí nieva bastante y eso hará que no eche tanto en falta Suiza.

-Espero conocerla algún día...

-¿Cuántos años tienes, Paul?

-Veinticinco, señor.

-Hummm, ella tiene dieciséis, quizás sería bueno que la acompañaras de vez en cuando, no creo que tenga demasiados amigos aquí.

A Paul se le quitó la sonrisa de la cara, no le apetecía lo más mínimo hacer de canguro de una adolescente mal criada, pero se limitó a sonreír ligeramente y aceptar como si fuera el mejor encargo que le hubieran hecho en toda su vida.

-Ahora sigamos con lo nuestro. Dices que ésta misma noche podemos preparar otro compuesto.

-Sí señor, en el laboratorio están comprobando algunas mediciones y parece que todo es correcto, este sujeto es compatible y muestras mejores niveles, espero que la sustancia que obtengamos de él sea la que necesitamos.

-Bien, esta todo saliendo perfectamente, no sé por qué te preocupas tanto.

-De momento nadie sospecha... pero si aumentamos el porcentaje...

-Entonces tendremos que ser muy precavidos y no dejar nada al azar. Prepáralo todo para hoy.

Con una leve inclinación de cabeza, Paul dio por entendido que le dejaba luz verde para actuar aquella noche como en otras ocasiones. Dio media vuelta para salir del despacho y prepararlo todo

-Paul- llamó el presidente- Hazlo tú, ¿de acuerdo?. Solo confío en ti.
-No se preocupe señor, lo haré yo mismo, como siempre.

Cuando el presidente se quedó solo siguió contemplando la ciudad por las cristaleras con su mirada azul penetrante, casi no podía distinguir lo que había a pie de calle, parecía todo tan insignificante desde aquella altura... se acarició el mentón pensativo mientras sentía la rugosidad de su piel.

Cualquiera podría decir que estaba estupendamente para tener casi cincuenta años y las mujeres le consideraban atractivo, incluso aquella leve marca en su mandíbula izquierda le confería un toque interesante, pero él sabía que su cuerpo estaba entrando en declive lenta pero inexorablemente, lo había notado hacía bastante tiempo ya y aunque al principio solo fueron pequeños indicios sin importancia, ahora se estaban acrecentando y tenía que pararlos como fuera.

Bacarezza estaba en su mesa en la comisaría hablando con su compañero Matt, especializado en bandas urbanas y sectas y apenas podía dar crédito a lo que estaba oyendo.

Era la hora del desayuno y en su mesa había varios bollos pero Jack solo tomaba café mientras que Matt que estaba sentado en el borde de la mesa hablaba con la boca llena.

-¿Matt, me estás diciendo en serio que ahora se lleva la moda del suicidio?- preguntó con asombro.

-No, se llaman EMO, de Emocional. Les gusta el rollo gótico, se sienten incomprendidos y hablan de la muerte como si fueran su mejor amiga. En realidad no es nada nuevo, es como la época del romanticismo pero con un tinte macabro.

-Cada vez entiendo menos a los chavales, cuando yo tenía diecisiete años me preocupaba el deporte, el cine y las motos- confesó con estupor

-Y las chicas- apostilló Matt dándole otro mordisco a uno de los bollos.

-Bueno claro, y las chicas, pero primero las motos- aseguró divertido Jack.

-¡Jajaja!, pues ahora supongo que han cambiado las motos por los ataúdes. ¿No me dijiste que había dibujos de cementerios y ataúdes?

-Si, y calaveras y mucho rollo de ese tipo, hasta el fondo de escritorio era una especie de cementerio abandonado y nevado, algo tétrico.

-Ahí, lo tienes, es como la portada de los Sad Cemetery, eso lo confirma todo.

-¡Espera un momento!- Jack estaba atando cabos, abrió apresuradamente el cajón de su mesa y sacó su mp3- Escucha esto, pedí que los de pruebas me hicieran una copia de la música que escuchaban los chicos.

Matt se ajustó los auriculares y tras unos minutos se los quitó asintiendo con la cabeza.

-Es el grupo Emo por excelencia, muy guitarrera, medio punk, medio hardcore y heavy metal. Son un icono del movimiento Emo. ¿Nunca has oído a hablar de los Sad Cemetery?

-Movimiento Emo... no sabía nada...- dijo pensativo Jack.

-Vamos, pareces un viejo, seguro que hace unos años tú también tenías grupo preferidos que a los demás les parecía una idiotez.

-Si, pero por lo menos no inducían al suicidio.

-Bueno, no creo que lo hagan, es... como un movimiento romántico, hablan de la melancolía y la incompreensión por ser diferentes. Una cosa entre gótico y romántico, tipo Lord Byron, Mary Shelley y Kurt Cobain. De ahí al suicidio... no sé que decirte, lo raro es que no haya dejado ninguna nota tipo panegírico de las cualidades Emo. Quizás tengas que investigar algo sobre sectas, puede que se esté creando algo parecido a un suicidio colectivo.

-Tendré que revisar más a fondo los otros casos. Ya decía yo que algo raro había en todo esto.

-Ahora te paso documentación de los sitios de referencia, música, lugares de reunión y apariencia física- añadió Matt.

-De acuerdo, y gracias- contestó Jack.

-De gracias nada, me debes una copa- comentó divertido su compañero cogiendo el último bollo y levantándose de la mesa sobre la que estaba sentado.

-¡Jajaja!, lo tendré en cuenta.

Matt se marchó a su sitio no sin antes señalarle cómicamente con el índice a modo de amenazante recordatorio de la copa que quedaba pendiente.

El cementerio de Marble cerraba a las ocho de la tarde y a las doce de la noche no había nadie por allí, aún así Paul y dos guardaespaldas de aspecto rudo que le acompañaban no escalaron las tapias hasta las dos de la madrugada, así se aseguraban de que absolutamente nadie pudiera verles. Había luna llena y eso era una incomodidad porque su blanca luz podría delatarles pero no podían retrasar lo que tenían que hacer. Tenía que ser aquella misma noche. Paul exhaló calor sobre sus manos ya que el frío era bastante intenso aunque había dejado de nevar y consultó el informe que llevaba con él, allí se indicaba un nombre y una dirección: el nombre de un muerto y el lugar exacto del cementerio donde se encontraba la lápida. No era la primera vez que iban a aquel cementerio por lo que más o menos ya tenían un poco de orientación. Se dirigieron con rapidez al lugar indicado y los hombres que acompañaban a Paul empezaron a cavar; el entierro había sido aquella mañana por lo que la tierra estaba suelta y aún no habían puesto la lápida de mármol con lo que les resultaría más fácil llegar al cuerpo. A pesar del frío los hombres empezaron a sudar copiosamente, quitaban la tierra a grandes paletadas hasta que tocaron madera. Levantar la tapa fue costoso, pesaba mucho pero entre los tres lo consiguieron. El cuerpo de Joy estaba tumbado en una falsa actitud placentera ya que su muerte había sido bastante desagradable y eso lo delataba la expresión demacrada de su gesto pero ninguno de los hombres pareció afectado por la visión del cadáver. Los tres bajaron a la fosa, dos de ellos incorporaron el cuerpo para mantenerlo sentado. Paul había sacado una jeringuilla de un estuche y con esfuerzo se situó detrás del cadáver, justo en su nuca y comenzó a palpar su cráneo.

-Menos mal que la cabeza está entera, tenía dudas, es lo que pasa con los que saltan desde gran altura.

-Este parece que quedó ensartado en una reja- dijo inexpresivamente uno de los matones que le acompañaban.

Los dedos hábiles de Paul palparon el lugar exacto y allí introdujo la larga aguja, después fue tirando del émbolo y el tubo se fue llenando de un líquido amarillento.

-Ya está- dijo Paul cuando hubo terminado. Dejadlo todo como estaba y vayámonos de aquí, hace mucho frío.

Los hombres obedecieron: colocaron el cadáver en su posición normal, cerraron el ataúd y rellenaron de nuevo la fosa dejándolo todo en perfecto estado. Se marcharon del cementerio con el único acompañamiento de los crujidos de sus zapatos sobre la dura nieve que ya había perdido su blancura y estaba grisácea por la polución.

A las ocho del día siguiente llegó el marmolista al cementerio. No se había afeitado y caminaba lentamente, no creía que a su cliente le importara que tardara más o menos en el encargo. Miró al cielo, el que estuviera despejado hacía que el frío se filtrara con más intensidad. El cigarrillo en su boca le aportaba un poco de calor pero no el suficiente por lo que musito una maldición y se arrebujó en su pelliza buscando abrigo, hizo un gesto a modo de saludo al sepulturero y se dirigió a la tumba que tenía que medir para poner la lápida. El cigarrillo se le cayó de la boca cuando se acercó a la tumba de Joy y la encontró con la tierra levantada y el ataúd abierto sin nadie en su interior.

El pulmón verde de Nueva York siempre estaba disponible para ofrecer una buena dosis de salud y aire limpio, recorría desde la calle 59 hasta la 110, y entre la Quinta Avenida y Central Park West. A Jack le gustaba correr por Central Park ya fuera verano o invierno. Es más, prefería el invierno, se sentía más vivo cuando el frío se clavaba como agujas en su cuerpo o cuando entraba en calor por el ejercicio mientras que lloviznaba ligeramente. Hacía poco que el desfile del Columbus Day, el segundo lunes de octubre, que ocupaba la 5ª Avenida entre la 44 y la 86, le había obligado a dar un gran rodeo hasta llegar a Central Park. Le incomodaba enormemente encontrarse con tanta gente por eso prefería rutas alternativas más desconocidas aunque fueran también más peligrosas a determinadas horas porque en un parque tan grande no era difícil encontrar maleantes, ladrones y todo tipo de seres indeseables. Procuraba evitar los sitios turísticos como Strawberry Fields y su lugar preferido era The Pond. El gran estanque rodeado de vegetación le otorgaba una paz espiritual difícil de conseguir en cualquier otro lugar de la ciudad. Intentaba convencer a su amigo Dylan para que corriera con él pero esto era hartamente complicado, el periodista prefería los placeres de la vida nocturna más que los placeres de la vida deportista, y más ahora que acababa de comenzar la temporada de hockey y esto interfería con la idea de levantarse pronto para ir a correr; consideraba a Jack como un neurótico de la vida sana: no fumaba, no bebía, no iba con mujeres y comía sano y no trasnochaba. Las pocas veces que habían salido de juerga habían acabado igual: él con alguna chica encandilada por estar con un famoso periodista y Jack retirándose tras un par de copas al remanso de paz que era su apartamento en Brooklyn.

-Algún día cuando seas un viejo de ochenta años lamentarás no haber disfrutado más de la juventud- le solía decir a modo de reproche.

-Claro, tú por el contrario no lamentarás nada, a tu ritmo no llegarás a los ochenta- contestaba Jack.

-Por supuesto que sí, yo estaré conservado en alcohol y tú apestarás a naftalina, estas apollillado Jack, ¿cuanto tiempo hace que no sales con ninguna chica?

-¿Ya estamos otra vez con el tema?- preguntaba Jack malhumorado- Los polis no tenemos buena prensa con el sector femenino, nadie quiere pasarse la vida preguntándose si su marido volverá a casa o le habrán pegado un tiro, por eso me dejó Nora- contestaba con nostalgia al recordar a su

novia que hacía tres meses que le había dejado con la excusa de necesitar tranquilidad y no vivir en un continuo sobresalto. Desde entonces, y para él era muy poco tiempo, no había vuelto a salir con nadie y en realidad tampoco le apetecía. Jack esperaba pacientemente a que la chispa del amor surgiera nuevamente, no sentía la necesidad de precipitarse ni salir a la busca y captura. Para Dylan sin embargo le parecía algo antinatural mantenerse en esa actitud durante meses.

-No me refiero a vida de casado, Jack. Me refiero a salir con una chica: salir a cenar por ahí, reírte, pasar la noche con ella... tú ya me entiendes. ¿Cuándo vas a olvidarte de Nora?

-No es fácil... Ya, ya sé...tú siempre pensando en lo mismo- contestaba malhumorado, más que nada porque no le gustaba aquella imagen de serio y aburrido que le pintaba Dylan.

-Si claro, tú eres un santo varón que ha hecho voto de castidad.

-Claro que no, pero no me gusta irme con cualquiera que conozca una noche, yo no soy tan frívolo como tú- se defendía- No soy un santo, tú lo sabes mejor que nadie, hemos pasado muchas noches de fiesta los dos.

-Si, pero desde que te metiste a policía todo cambió y desde que Nora te dejó, más aún- le decía con seriedad.- ¿Cuándo vas a olvidarte de ella?

-Es difícil aunque sé que tendré que dejar de pensar en ella algún día. Pero ¿sabes? la vida de policía es un poco caótica y en la medida de lo posible necesito dar un poco de normalidad y coherencia a mi vida, necesito tener un poco de rutina y precisamente ahora lo que necesito es cariño y amor, no despertarme con dolor de cabeza preguntándome quién es la extraña que está en mi cama. No quiero tener que mentir a nadie diciéndole que la llamaré cuando no es verdad.

-Bien, tú busca el amor, yo de momento me quedo con el sexo- sentenció Dylan dando por finalizada la conversación.

Ahora que iba haciendo footing a las 6 de la mañana pensaba que Dylan estaría despidiéndose apresuradamente de su última conquista mientras intentaba zafarse de ella prometiéndole que la llamaría. Él por el contrario se sentía pleno, lleno de vigor y fuerza, eso si, quizás podía levantarse tan pronto porque no tenía nadie con quien compartir la cama. Siguió corriendo, el aliento que salía de su boca se volvía una niebla espesa al contacto con el frío del amanecer, hasta los animalillos parecían reacios a desperezarse. Tras su ejercicio matutino volvió a su apartamento, se duchó y desayunó abundantemente, eso le daría fuerzas para enfrentarse al trabajo de policía que le esperaba cuando llegase. Al salir de casa vio el coche de Mike que le pitó para saludarle.

-He venido a buscarte, hay lío- dijo poniendo el coche en marcha y subiendo la temperatura.

-¿Qué pasa?- preguntó Jack con interés.

-El suicida del otro día...-contestó moviendo la cabeza de un lado a otro como si le costara hablar de ello.

-Si, el muchacho del instituto, ¿no?

-Ha desaparecido- contestó dando un volantazo y cambiando de carril rápidamente.

-¿Como?

-Lo enterraron ayer y esta mañana estaba la tierra removida y el ataúd abierto.

-No entiendo nada.

-El cuerpo ha desaparecido, puede que sea simplemente una gamberrada, ya sabes, también hay muchas sectas satánicas.

-Si, pero es raro...

Jack se estremeció al pensar dónde o qué podrían estar haciéndole al cadáver un grupo de satánicos.

-La familia está qué trina- comentó su compañero.

-No me extraña. ¿Hay alguna pista, algún símbolo?

-Nada de nada, como si se hubiera levantado y se hubiera marchado.

-Los satánicos suelen dibujar símbolos, ¿no?. Sin pistas va a ser difícil que lo encontremos- dijo Jack intuyendo las dificultades y los problemas que aquella desaparición les iba a traer.

-Ya te digo, por si fuera poco ahora tenemos que dedicarnos a buscar a los muertos, ¡maldita sea!- exclamó Mike enfadado dando un golpe en el volante

-¿Te pasa algo?- preguntó Jack intuyendo que su enfado no se debía tan solo a la desaparición del cadáver.

-Nada, bueno, he discutido con Claire- se confesó.

-¿Otra vez?- preguntó sin darle demasiada importancia. Las peleas entre Mike y su mujer eran casi constantes y él no sabía a quién darle la razón, probablemente los dos la tenían.

-Si, otra vez. Ayer llegué tarde a casa y se puso a gritarme.

-¿Tú crees que no sabe lo tuyo con Maddie?- preguntó intentando darle una explicación a la discusión.

-Imagino que lo sabe, pero no quiere verlo- confesó Mike.

-Tendrás que hacer algo, ¿no?

-¿Qué quieres que haga?- era como si Jack le hubiera dicho una tontería.

-Arreglar tu vida. O te quedas con Maddie o con Claire. Mike, no se puede vivir con dos mujeres a la vez, eso no funciona.

-Eso es imposible. Si dejas a Claire me mata- dijo mientras hacía un gesto que evidenciaba el miedo que tenía a su mujer.

-¿Y si dejas a Maddie?- aventuró Jack.

-Me mato yo- dijo con firmeza.

Jack suspiró, se alegraba sinceramente de que su vida en ese aspecto fuera tan.... aburrida, por lo menos era tranquila. Estaba claro que la situación de Mike era complicada y no quería aventurar ninguna solución, imaginaba que su compañero aguantaría en aquella agónica situación hasta que alguna de las dos mujeres se hartara de su indecisión. En ese sentido él había tenido siempre sus sentimientos claros, nunca se había enamorado de dos mujeres a la vez, había tonteado con varias de sus amigas cuando estudiaba, no había sido un santo, pero desde que Nora le dejó no había vuelto a enamorarse de nadie.

Los teléfonos sonando, los agentes interrogando y algún que otro detenido que se resistía a ser conducido a las celdas... todo eso y más era el caótico ambiente que se vivía en la comisaría a diario. Jack tuvo que hacer un gran esfuerzo para llegar hasta su mesa, incluso tuvo que esquivar a un compañero que le ofrecía unos bollos de apetitoso aspecto pero que sin duda estarían llenos de grasas poco recomendables. No es que fuera especialmente reticente a la comida basura, no tenía pegas en comerse una hamburguesa o un perrito caliente, pero era presumido y prefería

prescindir del colesterol superfluo, se había alimentado desde que nació de la saludable comida casera italiana de su madre y eso le hacía tener un buen paladar.

Tenía unas cuantas notas en su mesa avisándole de que Dylan Gregor le había llamado varias veces. Sonrió, probablemente se había enterado de lo de la tumba de Joy y quería información al respecto. Aquella noche sin falta quedaría con él, tal vez podrían ayudarse mutuamente. Los periodistas podían ser también fuente de información para la policía.

El presidente de Alkimax estaba furioso, estaba encerrado en el despacho con Paul y aún así se podían oír las voces aunque no se entendía gran cosa.

-¿Se puede saber qué ha pasado?- gritaba- Me dijiste que esta vez saldría todo perfecto.

-No lo sé, hicimos todo lo que habíamos planeado, igual que con los otros cuerpos- Paul estaba tan desconcertado como él y a pesar del enfado de su jefe mantenía su mirada honrada y sincera.

-¡Maldita sea!- exclamó sin dejar de pasearse por el despacho hundiendo los pies en la mullida moqueta.

-Debe haber sido una gamberrada. Muchos jóvenes se juntan en los cementerios y la tumba aún no había sido cubierta- aventuró el joven que mantenía una expresión preocupada en su atractivo rostro. Estaba apoyado sobre la mesa con los brazos cruzados esperando nuevas instrucciones.

-¿Es que no lo entiendes?- preguntó fijando sus ojos y penetrantes ojos azules en los calidos y castaños de Paul- Si aparece el cuerpo tendremos problemas, puede que la policía revise el cuerpo y encuentre algo.

-Eso es imposible- afirmó Paul con seguridad- No verán nada, solo hay un pequeño pinchazo en la parte posterior de la nuca- Fui muy cuidadoso.

Paul también estaba nervioso aunque no quería demostrarlo, él tampoco entendía qué había ocurrido. Lo que había comenzado con alegría al recibir buenos resultados del laboratorio se había truncado al recibir la noticia de la desaparición del cuerpo.

-Quiero que revises cuidadosamente todo lo que ha ocurrido y me hagas un informe exhaustivo. ¿Estás seguro de tus hombres? Ya tuve problemas hace tiempo con gente de mi equipo. No quiero a nadie del que no me pueda fiar.

-Estoy seguro de ellos.

-No sé si hiciste bien en contratar a exconvictos.

-Eran los únicos que no tenían prejuicios sobre lo que íbamos a hacer- contestó fríamente Paul.

Los dos se miraron fijamente, los ojos azul oscuro del presidente intimidaban a cualquiera, pero Paul sabía muy bien aguantar aquella mirada, esa era una de las causas por las que J. Foundling le había otorgado su confianza, porque a pesar de todo Paul no se amilanaba fácilmente y eso le gustaba, sabía que podía contar con él, era un joven dispuesto, ambicioso y leal.

Paul salió del despacho con el entrecejo fruncido, no tardó ni dos minutos en llegar al laboratorio y preguntar si había algo raro en los análisis que se habían hecho del cuerpo. Tenían un contacto en el departamento forense de la policía y esta persona era la que hacía los análisis preliminares de los cuerpos susceptibles de obtener de ellos las sustancias que necesitaban los laboratorios

de Alkimax. El cuerpo era el más idóneo. Todo había sido correcto, como en los demás casos, por un momento le asaltó una duda a Paul, aquella misma noche haría un par de comprobaciones.

Alex no conseguía que su pelo quedara como él quería, envidiaba el pelo de Martín, tenía muy buena mano para peinarse y utilizaba la gomina como nadie. Él sin embargo no conseguía domar las ondas de su cabello que su madre insistía en decir que eran muy bonitas. El espejo le devolvía la imagen de un joven alto y al que el deporte de la esgrima le había dotado de un cuerpo delgado pero fibroso. Su cabello castaño y ondulado crecía descuidado y sus ojos ambarinos, ahora entornados para observar mejor el peinado, eran amistosos aunque con un tinte de timidez.

-No te aplastes tanto el pelo- le decía Magda, su madre, sufriendo al ver como lo castigaba.

-Se lleva así- contestó malhumorado no sabiendo si usar la gomina o el agua para conseguir el peinado deseado.

-Se llevará así pero no queda bien- insistió su madre- Si tu abuela Olivia te viera así de mayor...- dijo la mujer con nostalgia refiriéndose a la abuela paterna de Alex.

-Pues probablemente me diría que así me queda bien el pelo.

-No creo, estaría del todo de acuerdo conmigo- negó su madre.

-Sabré yo mejor que tú lo que queda bien- contestó con fastidio.

-Oye niñato, ni que yo fuera una vieja que no está a la moda- bromeó su madre alborotándole el pelo.

-¡Mamá!- exclamó horrorizado al ver todo su trabajo de estilismo venido abajo. Aún así no podía enfadarse con su madre, era su debilidad.

Alex y su madre se llevaban bastante bien a pesar de los problemas que podían surgir de la convivencia con un adolescente de diecisiete años y los consabidos: estudia, arregla tu habitación, no vuelvas tarde, etc... Alan, el padre de Alex había muerto cuando él tenía diez años, ellos habían sufrido mucho y pasado por muchas dificultades, por eso la relación entre madre e hijo era muy estrecha.

Alex consiguió dominar más o menos su cabello, cogió la bicicleta y se marchó al instituto, podía haber cogido el autobús, pero iban muchos niñatos, prefería ir por libre y hacer un poco de ejercicio, además yendo en bicicleta podía pasar delante de la casa de Linda y con un poco de suerte verla, eso si no estaban las estúpidas de sus amigas. A punto estuvo de caerse de la bicicleta de tanto mirar cuando pasó delante de su casa, su corazón estaba a mil.

Linda miraba por la ventana de su habitación, cuando vislumbró a Alex pasando por su calle cogió la carpeta y salió corriendo de la casa.

-¿Es que no vas a desayunar?

-No, llego tarde, ya tomaré algo en el instituto.

Se arregló su bonita melena, se ajustó los vaqueros y salió de su casa tranquilamente como si no hubiera estado esperando a que Alex pasara por allí.

-Hola- dijo Alex frenando en seco.

-Hola, ¿Qué tal?

-Nada, de camino al insti, ya sabes...

-Si... yo también, ¡jjajaja!

Aquella conversación era más bien tonta pero de momento era lo único que a ambos les permitía su timidez. Linda pensaba que Alex era muy guapo, muchas de sus amigas estaban locas por él, y Alex pensaba que ella era una chica muy popular y sería difícil que se interesara por él estando por medio el capitán del equipo de baloncesto mientras que él solo practicaba el esgrima y aquello no era popular.

Llegaron al instituto conversando más bien poco, pero el solo hecho de ir juntos durante el camino les había colmado de felicidad para todo el día, aunque Linda lamentaba que Alex no le pidiera ir con él a la fiesta de Halloween, si no se decidía a pedirselo tendría que ir con Ron, el capitán del equipo que ya se lo había pedido y aún no le había dado una contestación, pero prefería con toda su alma ir con Alex; era tan dulce, su sonrisa era preciosa... Mientras que Ron era un bruto y seguro que creería que después de la fiesta iría con él a la parte de atrás de su coche. A veces pensaba que Ron solo quería ir con ella porque era popular, no porque realmente sintiera algo, sin embargo con Alex era diferente, a ella le gustaba todo de él y aunque a la gente el esgrima no le importaba mucho había ido varias veces a verlo competir pero él no se había dado cuenta, y le había encantado, era como un príncipe con su espada, tenía un porte de caballero que le encantaba.... ¡Ojalá le pidiera ir a la fiesta de Halloween!

Linda no era la única que había ido a ver a Alex en sus competiciones de esgrima. Alguien, que de costumbre usaba un jaguar negro, acudía de vez en cuando para observar a aquel muchacho de ojos amarillos y sonrisa abierta. Le observaba y sonreía orgulloso cuando le veía manejar con tanta destreza la espada. No solo acudía a las competiciones de esgrima, también había asistido, desde lejos y en la sombra, a los acontecimientos más importantes de su aún corta vida.

Jack y Mike estaban hablando de nuevo con Matt, el especialista en tribus urbanas.

-Los Emo son enemigos de los Punkys.

-Pero me dijiste que su música tenía ciertos tonos punkys, ¿no?

-Si, en los gritos. Los de los Emo son como desgarrados.

-¿En los gritos?. ¿Estáis hablando de música?- preguntó Mike

Jack y Matt se miraron divertidos.

-Bueno, es en lo único que coinciden, los punkys adoran la violencia y la agresividad, y por el contrario los Emo son tranquilos y muy sensibles. Tampoco se llevan bien con los neonazis, pero los Emo no se suelen meter en peleas. Así que lo que me contáis que ha pasado con ese chico no creo que sea algo de eso, más bien me inclino a pensar en alguna gamberrada o incluso algo de carácter satánico aunque si no hay ningún símbolo me parece muy raro. ¿Habéis hablado ya con sus amigos?. Por ahí podríais enteraros de algo, pero ya os digo que yo creo que es más bien algo totalmente casual, han elegido a ese chico quizás porque era el muerto más reciente.

Mike estaba deseando fumar pero no quería hacerlo delante de los chicos del instituto. Habían acudido allí para interrogar a los amigos de Joy y tuvieron que hablar con una sucesión de chicos y chicas de aspecto lánguido, pantalones pitillos y melenas lacias que tapaban gran parte de sus caras. Todos estaban muy afectados, incluso los chicos no se reprimían y lloraban sin consuelo.

-Nos llaman raritos pero no nos importa- dijo uno de ellos.

-¿Sabéis si Joy estaba enemistado con alguien en particular?

-No, aquí hay algunos grupos de punkys pero pasamos los unos de los otros.

-¿Entonces Joy no ha tenido ninguna pelea hace poco?

-No, para nada. Joy era tímido y no se metía con nadie.

-¿Entonces se suicidó?

El chico se encogió de hombros.

-Quien sabe...

-Hubiera dejado una nota o me hubiera dicho algo a mi- dijo una chica metiéndose en la conversación- Éramos muy amigos.

-¿Pero estaba deprimido por algo?

-Los Emo siempre estamos deprimidos- contesto otro chico que llevaba los ojos pintados.

-¿Tanto como para suicidarse?

-No sé, quizás estuviera muy, muy deprimido, pero nosotros no sabíamos nada. ¿Han visto su página de myspace?

-¿Eso que es?- preguntó Mike.

-Es un espacio que cada uno puede personalizar, como una mezcla entre una web y un blog- le explicó Jack una vez se hubieron alejado del instituto.

-Es como si me estuvieras hablando en chino. No tengo ni idea de lo que me estás contando.

-Puedes decirle a Maddie que te lo cuente, es casi de la edad de estos chicos, ¿no?- bromeó Jack.

-Eso es un golpe bajo.

-Lo sé, ¡¡ajaja!

A veces no entendía qué podía ver una muchacha joven en Mike: un hombre maduro, sin atractivo físico y sin dinero que pudiera facilitar la relación. Quizás simplemente fuera amor aunque a él le costaba creerlo, quizás él era demasiado recto y tendría que aceptar que hay cosas que se salen de las normas establecidas y no eran malas, simplemente eran diferentes. Tal vez tendría algún día que rendirse a la evidencia de que Maddie quería a Mike por muy extraño que a él le pareciera. Aquella noche Jack salió a tomar una copa con Dylan y estuvieron hablando de lo que había ocurrido. Habían ido al South Street Seaport, ubicado en la zona oriental de Fulton Street, un muelle junto al East River construido sobre una antigua área abandonada y atestado ahora de gran diversidad de museos, tiendas y restaurantes; era el lugar preferido de reunión después del trabajo en Manhattan. A Jack no le hacían demasiada gracia los bares a donde solían acudir los policías y sabía que aquel era uno de los lugares preferidos de Dylan porque casi siempre podía oír o ver algo interesante, era deformación profesional pero no podía evitar estar siempre alerta ante cualquier conversación en aquel ambiente relajado sin el encorsamiento de las oficinas de Wall Street, allí la gente se aflojaba el nudo de la corbata y ante una copa también aflojaban las lenguas.

Lo que Dylan pudo decirle se correspondía con la información de Matt. La profanación de la tumba de Joy debía ser una mera casualidad y no estaba relacionada directamente con su muerte.

-Lo más probable es que el cuerpo aparezca dentro de unos días mutilado y tirado por ahí- aseguró el periodista acariciando su copa y mirando a su alrededor.

La música cadenciosa no estaba demasiado alta, se trataba de una coctelería donde se podían ver a ejecutivos y directivos de importantes empresas y las canciones de moda estridentes y demasiado turbulentas no tenían cabida allí.

-Vaya, no quisiera estar en el pellejo de los padres cuando eso suceda- murmuró Jack observando como el camarero preparaba un bloody mary y un margarita a dos jóvenes.

Dylan movió la cabeza afirmativamente mientras bebía su whisky.

-De todas formas estoy seguro que tú ya tienes alguna teoría, ¿no?- preguntó cuando el líquido ardiente terminó de bajar por su garganta.

-Bueno, hay algunos puntos en común, pero tengo que hacer algunas comprobaciones. ¿Tú conoces a un grupo de música que se llama Sad Cemetery?- preguntó con fingida despreocupación procurando disimular su desconocimiento de la música juvenil

-Bueno, no es la clase de música que a mi me gusta, pero lo he visto anunciado por muchos sitios y también he oído algo de ellos. Creo que tiene a los jóvenes enloquecidos, es el grupo de moda. ¿Quieres que intente conseguirte unas entradas para un concierto?

-No... Bueno ¿puedes?- bromeó.

-Solo si me dices qué tienen que ver los Sad Cemetery con esto.

-Es que aún no lo sé. Es solo una idea, puede que su música aliente los suicidios.

-Vamos, no me hagas reír, esto es como cuando decían que los Rolling eran grupos satánicos y que si escuchabas sus canciones al revés podías escuchar mensajes del demonio.

El tintineo de las copas y los suaves susurros y risas se entremezclaban con la luz tenue creando una escena sugerente.

Jack se encogió de hombros fingiendo que a él también le parecía una idea absurda.

-Está bien, intentaré conseguir esas entradas, pero no creo que vaya por ahí la historia- dijo apurando su whisky- Estoy cansado esta noche, creo que no aguantaré mucho.

-La edad no perdona, amigo- dijo Jack sonriendo palmeándole la espalda- Creo que deberíamos irnos a casa y dormir.

Se despidieron a la salida y montó cada uno en su coche para dirigirse a sus respectivos apartamentos.

Sin embargo Jack no se acostó pronto, pensó en llamar a Nora pero descartó aquella idea de su cabeza, pensaría que estaba loco o peor... borracho. Además sabía que ella había empezado otra relación, lo había descubierto un día que llamó a su casa y saltó el contestador dándole la bienvenida e invitándole a que dejara un mensaje: "Somos Nora y Steve, te llamaremos en cuanto podamos", evidentemente no había perdido el tiempo. Borró de su cabeza la idea descabellada de hablar con ella y optó por darse una ducha, poner algo de música y conectar su portátil para buscar información del movimiento Emo, después buscó en Hotmail el MySpace de Joy. Su página no tenía desperdicio, tenía diferentes fotos, la principal era la misma que la del fondo de pantalla: un cementerio ruinoso nevado. Seguía intentando recordar dónde había visto ya antes aquella imagen..., ¡si! era la portada de los Sad Cemetery, una tenebrosa pintura de un tal Caspar David

Friedrich, de mediados del XIX, el cuadro en cuestión también tenía su propia historia truculenta: "El cementerio de Cloister bajo la nieve" desapareció de un famoso museo sin que nunca más volviera a saberse de él. Además del cuadro, Joy también tenía las letras de sus canciones y algunos poemas góticos. Otras fotos representaban escenas tristes, personajes lánguidos, corazones y más símbolos del mismo estilo. También había un pequeño foro donde sus amigos habían escrito poemas, pensamientos y adioses a su amigo Joy. Nada reseñable. Tendría que volver a los otros casos de suicidio que había investigado para ver si había alguna otra similitud.

El cementerio estaba más lúgubre que de costumbre o eso era lo que le parecía a Paul. Le acompañaban sus dos hombres, pero aún así iba más preocupado que de costumbre, le acechaba una idea por la cabeza que esperaba con todo su corazón que no fuera cierta. Tenía en un papel apuntado las direcciones de las tumbas de otros tres adolescentes que se suicidaron y a los que había punzado su nuca para obtener aquel líquido tan codiciado por el presidente de Alkimax. Sus pasos crujían sobre la tierra helada y los ángeles de piedra de las tumbas parecían mirarles con reproche por entorpecer su eterno descanso.

Al llegar a la primera tumba todo estaba normal, la gruesa lápida de mármol estaba en su sitio y no parecía que hubiera nada por lo que preocuparse. Aún así las ordenes eran abrir la tumba y ver si su contenido permanecía tal y como debía. Dicho y hecho, amparados por la soledad de la noche y armados con martillos y palancas consiguieron levantar la lápida y llegar hasta el ataúd.

Tragando saliva Paul abrió la tapa y su tensión se liberó al contemplar el cuerpo que ya tenía evidentes muestras de descomposición además del penetrante y repulsivo olor que le acompañaba. Estaba a punto de cerrar de nuevo la tapa cuando se percató de que el interior de ésta estaba completamente arañado, incluso en algunas zonas la tela había sido arrancada. Contempló las manos del cadáver y se dio cuenta de que tenían evidentes señales de haber intentado abrir el ataúd, como si le hubieran enterrado vivo. Sintió un escalofrío, había leído historias de ese tipo, muchos catatónicos habían sido enterrados durante la Edad Media creyéndoles muertos y al abrir las tumbas con el paso de los años se habían percatado de que no debían estar realmente muertos.

De repente y como accionado por un resorte el cadáver abrió los ojos y emitiendo un sonido gutural levantó sus manos y rodeó con extremada fuerza la garganta de Paul aprisionándola sin piedad, el joven intentó quitárselo de encima, sentía su carne blanda y putrefacta, y sus ojos inyectados en sangre se clavaban en él mientras que acercaba su boca con evidente intención de morderle a lo que él se resistía con fuerza intentando zafarse de aquello. Los otros dos hombres salieron rápidamente de la tumba gritando de horror, pero no huyeron. Tras unos segundos de vacilación cogieron las palas y las clavaron en el cuerpo blando y corrompido del cadáver que seguía intentando ahogar a Paul. Solo cuando las palas desmembraron el cadáver, éste perdió su fuerza y se desplomó dentro del ataúd.

-¡Santo Dios!- exclamó uno de los hombres- ¿Se puede saber qué era eso?

Paul que estaba lívido no acertaba a articular palabra alguna. El otro hombre sacó una pequeña petaca conteniendo alcohol y se la acercó para que echara un trago que Paul sin vacilar aceptó con mano temblorosa, después los dos hombres también bebieron.

-Espera- dijo Paul viendo que el hombre cerraba la petaca- Dámela.

Vació el contenido sobre el cadáver y después sacando su mechero del bolsillo, lo encendió y lo echó dentro de la tumba que inmediatamente comenzó a arder. Los ojos del cadáver volvieron a abrirse para el horror de los tres hombres, sin embargo su cuerpo desmembrado ya no podía hacer nada y así continuó emitiendo sonidos grotescos que erizaban el vello hasta que no quedaron más que cenizas que removieron con las palas, después volvieron a cubrir con tierra la tumba y la sellaron con la pesada lápida de mármol.

-¿Tenemos que abrir las otras dos tumbas?- preguntó uno de los hombres con un estremecimiento. Todos eran hombres sin escrúpulos, habían visto y vivido mucho, no temían a nadie, pero aquello era muy diferente...

-No, por esta noche ya está bien- aseguró Paul frotándose el cuello donde aún sentía los viscosos dedos del muerto- Hemos tenido suerte que no nos viera el vigilante, ahora vámonos, tengo que hablar con el presidente.

-Es muy tarde...- aventuró otro de sus hombres al que el miedo que acababa de pasar le había provocado la aparición repentina de un mechón blanco entre su cabello castaño.

-Me da absolutamente igual- contestó Paul pasándose la lengua por los labios resecos- creo que lo que ha ocurrido esta noche bien vale para despertarle.

El presidente de Alkimax, J. Foundling no dormía y no era porque ahora estuviera preocupado, normalmente dormía muy poco, llevaba años durmiendo apenas un par de horas, sin embargo no había perdido un ápice de inteligencia ni de rapidez. Sus sentidos y pensamientos siempre eran ágiles y sus ojos azul oscuro no perdían el brillo que le daba aquel aire de superioridad. Había hecho que Paul se sentara en el cómodo sillón del gabinete de su casa, una lujosa mansión en Manhattan rodeada de un amplio jardín que contrastaba con el simplismo de su oficina, mientras que le preparaba algo de beber. Eran las cuatro y media de la madrugada.

-Ya he tomado algo- contestó el joven un tanto malhumorado.

-No está de más que te tomes esto- dijo insistiendo y ofreciéndole una copa con un líquido ámbar y una pastilla- Es un tranquilizante. Estás muy pálido.

-No entiendo qué ha ocurrido- comentó Paul sosteniendo la copa con sus aún temblorosas manos.

-Imagino que no abriste las otras tumbas, ¿no?- preguntó dubitativo.

-¡No!- contestó Paul pensando que si quería que fuera el mismo J. Foundling quien las abriera.

-Bien, no era el momento y no estábamos preparados. Hiciste muy bien en quemar el cuerpo y taparlo nuevamente, tienes una inteligencia muy rápida- dijo alabándole con sinceridad.

El presidente era más bien parco en halagos y aquello le sorprendió a Paul, seguramente se creía en la necesidad de hacerlo, era como darle una pequeña palmada en la espalda después de la mala experiencia.

-Sigo sin entender por qué ha pasado esto- insistió Paul tras tomarse de un solo trago el tranquilizante y la bebida. Tenía calor y se aflojó la corbata.

-Tienen hambre- dijo tranquilamente Foundling dándole la espalda a Paul mientras se servía un whisky.

-¿Cómo?- preguntó clavando sus dedos en los brazos del sillón e incorporándose.

-Así de sencillo- continuó Foundling mientras se daba la vuelta y observaba a Paul con sus ojos azul oscuros- Algo ha ocurrido en el proceso de obtención del líquido, algo ha despertado en su cerebro que ha cambiado su naturaleza. Esto solo ha pasado con los suicidas, con los otros no.

-Pero ¿cómo es posible que estén vivos otra vez?- dijo sin entender nada.

-No están vivos, son zombis y tienen hambre- reiteró el presidente de Alkimax llenando de nuevo el vaso de Paul.

A Paul le temblaban las manos cuando acercó la copa a su boca en un movimiento casi automático mientras sus pensamientos seguían en aquella tumba con aquel monstruo intentando matarle.

En la comisaría, Jack repasaba los informes de los otros suicidios y contemplando las fotos que había hecho en sus casas se dio cuenta de que los otros tres jóvenes también tenían en su habitación aquel cuadro de Caspar Friedrich y por lo que parecía también eran del movimiento Emo, por eso en sus mp4 tenían las mismas canciones de los Sad Cemetery, estaba claro que todos compartían las mismas aficiones y gustos. El móvil de Jack sonó pero estaba tan absorto en sus conjeturas que tardó en darse cuenta. Cuando lo cogió escuchó la voz de su padre en tono de reproche.

-¿Te acuerdas que tienes una familia?, ¿un padre, una madre, unos primos?. No te vemos desde la fiesta de San Genaro- en su mente recreó la imagen de su padre, grande y con un gran bigote, aficionado a la opera y a la buena mesa, de ahí que tuvieran un restaurante famoso por sus spaghetti carbonara y la lasaña casera.

-Si padre, me acuerdo- dijo entre divertido y un tanto hastiado.

-Pues espero que también te acuerdes de que este sábado celebramos el compromiso de tu primo Luigi.

Además de la voz de su padre se escuchaban las voces de su madre y su tía hablando en italiano y el ruido de un plato roto, casi le pareció que le llegaba el aroma de la comida y que podía tocar los manteles de cuadros rojos de las mesas. Sonrió al recordar su infancia en aquella casa siempre llena de gente y en aquel restaurante donde los clientes eran ya como de la familia.

-Claro que me acuerdo, dije que estaría allí y así será. No hace falta que me lo recuerdes todos los días- contestó enérgicamente aunque no se había acordado hasta aquel momento de la fiesta de compromiso de Luigi.

-Está bien, está bien. Tu madre quiere saber si vendrás con alguna amiga.

-Pues no, iré solo- le fastidiaba que constantemente le preguntaran por aquello. Sabía que su madre quería mucho a Nora y le había dolido la separación pero él no podía hacer nada para solucionar aquello.

-¡Madonna!, ¿cuando piensas presentarnos a una nuera y hacernos abuelos?

-Seguro que antes que se case la prima Lucía- dijo recordando a una muchacha desgarrada, con gafas y abundante pelo en el labio superior.

-Pues tendrás que darte bastante prisa bambino, tu prima Lucía se casa en primavera.

"Vaya"- pensó Jack fastidiado, al final sería verdad que se convertiría en el solterón de la familia... ¿quién tendría el valor necesario para casarse con la prima Lucía? Probablemente lo conocería el sábado, estaba ansioso por conocer al que iba a hacer semejante sacrificio. Pero bueno, aquello sería el sábado, ahora tenía que concentrarse en lo que tenía entre manos. Prometiendo no faltar a la comida y llevar también a Dylan se despidió y volvió a la realidad del arduo trabajo de encontrar un poco de coherencia entre todo aquel caos.

-¡Quiero las letras de todas las canciones de los Sad Cemetery, su biografía musical y un listado de grupos Emo! También quiero los informes de todos los suicidios del último año- exclamó Jack revolviendo sus papeles mientras que en la mesa de enfrente Mike hacía lo mismo. La suya era más caótica aún que la de Jack porque además de los papeles, informes y fotos, también tenía restos de comida, caramelos, pañuelos y una multitud de objetos personales, pero si le descolocaban todo aquello sería incapaz de encontrar nada. Por su parte Jack había quitado hacía tiempo la foto de Nora de su mesa y ahora el único sentimentalismo que se otorgaba a sí mismo era un pequeño cactus, regalo de una de las secretarias, que languidecía lentamente entre las ondas del ordenador y los estridentes timbrazos del teléfono.

-Yo iré a hablar con el manager y la discográfica para enterarme de quién compone las canciones. También sacaré la biografía de los componentes y los conciertos que tienen programados- sugirió Mike mordisqueando el bolígrafo, señal evidente de que estaba a punto de tomarse un respiro para ir a fumar.

-Vaya, parece que te tomas mi idea más en serio que antes- contestó Jack sonriendo.

-No sé qué decirte. Pasan tantas cosas raras en el mundo que quizás tengas razón, pero si fuera así ¿qué tendríamos?, ¿podríamos acusar a un grupo musical por inducción al suicidio? Parece un tanto descabellado. Es como cuando los niños se tiraban por la ventana creyéndose superman. ¿Cuál sería el sentido? Otra cosa sería si ellos obtuvieran algo con estas muertes.

-Quizás lo que consiguen es fama...- sugirió Jack.

-Parece un poco cogido por los pelos, ¿no?.

-Tienes razón, es algo absurdo- admitió Jack- pero aún así quiero llegar al fondo de este asunto.

Mike movió la cabeza afirmativamente mientras cogía su chaqueta.

-Iré a la productora a ver qué saco, tú puedes quedarte investigando en Internet, a ti se te da mejor todo eso.

Jack sonrió, Mike era un policía de la vieja escuela y esas "modernidades" como él las llamaba no iban con él. Admitía que podían ser de gran ayuda, pero aún así se resistía a aprender su manejo, eso lo había dejado para las jóvenes generaciones a las que Jack pertenecía. Él prefería el trabajo de calle y el contacto con la gente.

Mike cogió su destartado coche color crema y se dirigió al distrito financiero donde se encontraba la productora. Paró en un semáforo y durante los dos minutos que estuvo quieto tuvo que ver la cara de la muchacha del anuncio de Alkimax: "Todo por su salud". Odiaba a aquella chica, bueno, no a la chica en sí, la odiaba porque se parecía a Maddie y ahora que habían discutido no le apetecía ver su rostro sonriente por doquier. En realidad admitía que Maddie podía tener razón:

ella le exigía constantemente que dejara a su mujer y a sus hijos y se fuera a vivir con ella, pero él no estaba dispuesto a eso. No sabía exactamente si era porque aún quería a Claire o porque imaginaba que una vida rutinaria con Maddie se convertiría al poco en otra vida semejante a la que tenía y era eso precisamente lo que no quería. Necesitaba a Maddie para poder salir de la rutina de su vida y quería que siguiera así, sin embargo temía que Maddie se hartara de aquella situación y buscara a alguien que pudiera ofrecerle lo que él no quería o no podía y aquello le enfadaba sobremanera.

Cuando oyó el claxon del coche que le seguía se dio cuenta de que el semáforo ya había cambiado, aguantó los consabidos insultos por la tardanza y se puso nuevamente a pensar en la discográfica que iba a investigar, consultó sus papeles y buscó la dirección, sí, allí estaba Sonomark.

Sad Cemetery era un grupo compuesto por tres jóvenes de unos veinte a veinticinco años. Parecían cortados los tres por el mismo patrón: llevaban el pelo con raya a un lado, pantalones pitillos y hablaban de forma lánguida. Sus canciones tenían más energía que ellos. En la sala donde se encontraban había varios discos de platino adornando las paredes, en una esquina una máquina de refrescos y varias fotos del grupo por las paredes. Secretarias, promotores, relaciones públicas y estilistas pasaban sin prestarles atención cada uno enfrascado en sus trabajos, era evidente que aquellos chicos no eran más que unas pobres marionetas en manos del manager que le aseguró que había sido una suerte que encontrara al grupo aquel día porque normalmente estaban de gira o promocionando sus discos pero en aquella ocasión se estaban preparando para grabar.

El policía justificó su presencia allí y aquella charla, no interrogatorio, al considerar interesante que los jóvenes muertos fueran todos fans de su grupo.

Le sirvieron un zumo de frutas, lo mismo que bebían los Sad Cemetery. Su representante hablaba por ellos, parecían tres monigotes que solo servían para estar sobre un escenario

-Es algo normal- contestó Marvin, el representante- Los chicos de hoy en día se dejan llevar por la moda y las canciones, y es evidente que los Sad Cemetery crean tendencia, ¿no lo cree usted?- preguntó indicando con un gesto a los tres cantantes.

Mike ocultó sus dudas escribiendo notas en su cuaderno.

-No somos unos monstruos- habló por primera vez uno de ellos, Nathan Tonshee, el cantante- cantamos lo que a los jóvenes como nosotros les apetece oír. Todo el mundo piensa que solo sabemos consumir pero también tenemos sentimientos y sufrimos.

-¿Sentimientos de muerte?- preguntó distraídamente Mike.

-Bueno... a veces la muerte es... atractiva. Tuvimos unos comienzos muy duros hasta que nos descubrieron- contestó Nathan con una sonrisa enigmática mientras se levantaba y paseaba por la sala acariciando los discos de platino.

Al policía no le parecía que sus comienzos hubieran sido tan duros. Por lo que había averiguado habían sido descubiertos tocando en el metro, una fundación benéfica les había otorgado una beca de estudios y después la discográfica se había hecho cargo de su fulgurante carrera.

Mike descubrió algo en las miradas de los tres jóvenes, algo que contradecía aquel aspecto sumiso; era como si entre ellos hubiera una complicidad y se rieran de que los consideraran unas marionetas en manos del representante y la discográfica, ¡pobres ilusos!- pensó Mike- sin duda se creían los amos del universo y estaban seguros de que sin ellos todo se iría al garete, se creían en posesión de un don supremo que les hacía únicos e inigualables; lo que no sabían es que cuando ya no fueran útiles les tirarían a la basura como juguetes viejos, otros ocuparían su lugar y tendrían suerte si pasados un par de años alguien les recordaba. Eso fue lo único que Mike sacó en claro de su entrevista con los Sad Cemetery, o más bien con su representante.

Vivian se peinaba su larga melena rubia frente al espejo de su habitación, era una jovencita muy atractiva aunque aquellos pantalones pitillos no le sentaran nada bien, o por lo menos eso decía su madre. Se miró al espejo y sonrió, le gustaba aquella camiseta de rombos rosas, todos le decían que le quedaba genial. Conectó el mp3 de su móvil para escuchar algo de música mientras se peinaba, tras varias canciones llegó una de sus preferidas: Suicide, de Sad Cemetery, su estribillo repetitivo se fue clavando en su cabeza como una maza mientras se peinaba frente al espejo y sus labios murmuraban siguiendo la letra de la canción, pero en un instante, en un imperceptible instante su mirada cambió, sus ojos ya no veían su reflejo en el espejo, era como si miraran más allá, como si ella ya no estuviera allí. Se dio la vuelta como un autómatas y se dirigió al cuarto de baño.

Casi sin mirar rebuscó en uno de los cajones y sacó una cuchilla y con la misma mirada perdida y sin dudar un instante la pasó certeramente por sus muñecas dejando el lavabo lleno de rojos chorretones de sangre que manaba sin cesar de sus venas abiertas.

-¡Vivian!- llamó la voz de su madre desde la cocina- ¡Vivian!, ¿quieres bajar ya? Tienes el desayuno puesto en la mesa.

Su madre estaba friendo bacon en la sartén mientras que sus dos hermanos ya estaban sentados y comiendo cereales mientras se daban patadas por debajo de la mesa.

-¡Vas a llegar tarde Vivian!- gritó su madre nuevamente.

Los dos niños empezaron a reírse y a repetir lo que les parecía ya una cancioncilla hartamente conocida.

-Vas a llegar tarde Vivian, vas a llegar tarde Vivian, vas a llegar tarde, Vivian.

-¡Callaos vosotros dos y terminad el desayuno!- ordenó su madre amenazándoles con el largo tenedor.

La madre de la jovencita soltó la sartén y limpiándose las manos en el delantal se dirigió al cuarto de su hija mascullando en su cabeza lo que le iba a decir. Oía sonar la música, por eso probablemente no la escuchaba.

-¡Vivian!, ¿es que estás sorda o qué?. Llevo llamándote dos...- cortó la frase al comprobar que la adolescente no se encontraba en la habitación, ¿dónde estaba?. Vio el cepillo tirado en el suelo y salió de la habitación.

-¿Vivian?- siguió preguntando un tanto extrañada dirigiéndose al baño.

Cuando abrió la puerta se encontró con la terrible escena de ver el cuerpo de su hija tendido en el suelo reposando en un charco de sangre roja que manaba a borbotones de las heridas de sus muñecas. Sus ojos permanecían abiertos y su bonito rostro aún mantenía la expresión de ausencia. La canción Suicide de los Sad Cemetery seguía sonando una y otra vez como un triste himno mortuario.

-¡Vivian!

La policía acordonó la zona mientras que los vecinos se agolpaban alrededor. El forense y el juez ya habían dado permiso para que se llevaran el cadáver a la morgue tras una primera inspección ocular. Los medios de comunicación ya habían llegado. A Jack le fastidiaba que estuvieran allí pero no podía evitarlo. Dylan le hizo una seña desde lejos y él le devolvió el gesto indicándole que hablaría con él más tarde. Ante todo quería ver la habitación de la adolescente y lo que vio no le sorprendió nada: la música seguía sonando con obscena repetición, la ropa, la decoración, todo parecía indicar que se trataba de otro miembro del movimiento Emo. Jack contempló el cuarto de baño en el que aún quedaban las manchas de sangre, a él se le unió Mike. Escrutaron la habitación en busca de alguna nota de despedida pero no había nada ni en su ordenador, ni en su diario, ni en sus cajones; en la papelería encontraron unos papeles garabateados y arrugados además de una lata vacía de Flymind.

-Tampoco ha dejado ninguna nota. Su madre dice que se había levantado como todos los días, no habían discutido ni tenía ningún problema, es más, esta tarde había quedado con una amiga para ir al centro comercial.

-Si uno piensa suicidarse no queda con una amiga, ¿no?

-Eso creo yo. Al final tendrás tú razón con que son esos cantantes los culpables de todo- dijo Mike- aunque a mi me parecieron de lo más sosos e inocentes.

-No sé, una cosa es que sus canciones inciten, pero aún así...uno no se levanta una mañana y dice: "voy a suicidarme", y más siendo adolescente. Estas cosas se hablan, se deja constancia... no sé..., les gusta hacerse notar, probablemente se lo contarían a alguien. Algo tienen que ver los Sad Cemetery, pero se me escapa el qué puede ser.

-Entonces no nos queda otro remedio que catalogarlo como suicidio, ¿no?

Jack suspiró, a falta de otras pruebas y sin señales de agresión no había otra forma de hacerlo si es que el forense no advertía nada extraño en la autopsia pero prefería esperar un poco más.

Al llegar a la central el comisario les llamó a su despacho. Aquello era señal de que algo iba mal. Cerraron la puerta acristalada tras ellos y antes de que pudieran acomodarse en los gastados sillones, les espetó una pregunta.

-Me gustaría saber qué es lo que pasa- preguntó cruzando las manos y mirándoles con seriedad.

-¿Qué pasa de qué?- preguntó Jack haciéndose el desmemoriado.

-¡Vamos!, no me tomes el pelo Jack, quiero saber qué es lo que pasa, ¿qué problema tienes para cerrar un caso de suicidio?- preguntó con fastidio mientras se echaba atrás en su sillón hasta tocar la pared.

-No es solo un caso, ya son cuatro- dijo secamente.

-Bueno, será una moda o algo así, no se puede hacer nada. ¿Hay alguna evidencia de violencia?, ¿se duda del suicidio?. Contéstame tú, Mike.

-No, en realidad no hay violencia, son suicidios- contestó el aludido en tono fastidiado.

-Bien, entonces me gustaría saber por qué has interrogado a los componentes del grupo Sad Cemetery, creo que se llaman- dijo consultando sus papeles.

-No les interrogué, solo fui a investigar un poco. Tuvimos una charla amigable y no tuvieron ningún problema en contestarme.

-Su productor y manager dice lo contrario. ¿De verdad pensáis que sus canciones pueden tener algo que ver con todo esto?. Me parece una tontería.

-Señor, todos los suicidas estaban oyendo sus canciones en el momento de la muerte...- dijo Jack.

-¿Y?, los adolescentes son así, les gusta lo macabro, no creo que solo por eso sea necesaria toda una investigación al respecto. Lo que si me parece patético es que haya una familia que no sabe donde está el cadáver de su hijo, ¿de eso qué tenemos?, ¿cómo va la investigación?, ¿ha aparecido ya el cuerpo?

A Jack y a Mike no les quedó más remedio que agachar la cabeza. Eran demasiadas preguntas y no tenían ninguna respuesta que ofrecer.

-Creo que se trata de una gamberrada, señor- contestó Jack jugueteando con su bolígrafo.

-¿Creo?, ¿eso qué significa?, ¿que habrá que esperar pacientemente a que aparezca? ¡Vamos hombre!, tengo al alcalde pegado en mi cogote desde anteayer, la familia ha hecho una reclamación formal ante él, nos acusa de no hacerles caso y por lo que parece no van descaminados. Quiero que el cuerpo de ese chico aparezca lo antes posible- el comisario estaba enfadado o eso parecía dar a entender, estaba más incómodo por la presión del alcalde que por la familia.

-¿Y qué hacemos si se producen más suicidios?- preguntó Jack.

-No puedo poner un policía detrás de cada adolescente, ¿qué quieres que haga, Bacarezza?. Si hay alguna evidencia clara de que ese grupo tiene algo que ver haremos que se suspendan sus conciertos y se retiren sus discos, pero mientras tanto no podemos hacer nada. No podemos prohibir su música, ¿sabes lo que eso significaría?. Miles de enfervorecidos jóvenes bramando por las calles, la gente se contagiaría de la histeria, la productora nos demandaría, ¡no!, ¡no!, ¡no!- dijo moviendo las manos imaginando la situación- Sería una locura. Dentro de poco otro grupo nuevo aparecerá y a los jóvenes les dará por teñirse el pelo de verde o saltar en pijama desde el puente de Brooklyn, quien sabe...- se respondió a sí mismo imaginando a los adolescentes como locos salvajes sin ningún poder de raciocinio- Dejád a los Sad Cemetery en paz.

-Entendido- dijo Jack de mala gana.

-Ya está todo claro, ¿no?. Pues salid ahí fuera y terminad con todo esto, la prensa se está haciendo eco de vuestras sospechas y pronto cundirá el pánico y la productora nos demandará por calumnias y Dios sabe qué más.

-Está bien- contestaron al unísono los detectives levantándose de los asientos.

-¡Ah!, y Jack...- dijo deteniéndole antes de salir del despacho.

-¿Qué?- preguntó el joven con hastío.

-Que no des un portazo al salir- advirtió conociendo sus reacciones.

Dylan esperaba a Jack sentado en su mesa y golpeando un boli sobre su libreta.

-¡Uff que mala cara tienes!, ¿no?. Intuyo bronca del jefe- comentó Dylan observando su cara de mal humor.

-Muy perceptivo, ¿y a ti quién te ha dado permiso para sentarte en mi mesa?- preguntó empujándole en broma para coger sus cosas.

-Pues podría decir que tu secretaria, pero como no tienes diré que me lo he tomado yo mismo en virtud de la amistad que nos une- contestó apartándose.

-Intuyo que vienes a sacarme información.

-Muy perceptivo tú también, ¿qué tienes para mí?.

-Poca cosa, el jefe nos ha ordenado apartarnos de los casos de suicidio y centrarnos en la recuperación del cuerpo de Joy.

-¿Qué?, ¿y no le parece extraño que ya haya tantos suicidios?- preguntó con estupor, le parecía increíble que nadie compartiera su punto de vista.

-Se ve que no- contestó Jack con una mueca y encogiéndose de hombros.

-¿Qué hace el periodista este aquí?- pregunto Mike mientras se subía la cremallera de los pantalones al volver del baño- seguro que nos causa más problemas- comentó frunciendo el ceño.

-Tranquilo Mike, ya se va- dijo Jack empujando a su amigo. Mike tenía razón, no les convenía que les vieran con un periodista, si había alguna filtración ellos serían los primeros sospechosos.

-¿Ya me voy?- preguntó Dylan levantándose de la mesa.

-Si, y no te quejes, te voy a acompañar a los ascensores como si fueras un invitado de importancia.

-Bien, bien...

Ya en los ascensores los dos hablaron con más libertad.

-En realidad venía para invitarte a un evento- comentó Dylan- no siempre es para sonsacarte, también somos amigos, ¿o no lo recuerdas?.

-¿De qué se trata?- preguntó con interés obviando el tema de su amistad.

-Es una exposición, todo cultural, de lo que te gusta a ti- dijo en tono de halago.

-¿Y tú no puedes ir solo?- preguntó con extrañeza al no recordar a Dylan en ningún evento de ese tipo.

-Si podría, pero me intimida... -dijo jocosamente- prefiero que estés tú, a mi no se me dan bien los ambientes cultos.

-Me llevas de carabina o ¿qué?- preguntó intuyendo un repentino cambio de planes.

-No, es algo muy chic con gente de alto standing, me apetece ir contigo- mintió risueñamente Dylan.

-Te han dado plantón, ¿no?- concretó Jack pulsando el botón de llamada del ascensor.

Dylan suspiró con pesar.

-Los amigos son para estos casos, ¿no?-dijo con gesto suplicantes mientras observaba con agrado lo bien que le quedaba el uniforme a una de las policías que recorría el pasillo.

-Está bien, iré contigo pero a cambio...

-¡Dios, no me creo que me vayas a hacer chantaje!, no es tu estilo- se asombró Dylan.

-Lo he aprendido de ti. Escucha. He prometido a mi padre que iría el sábado a comer con ellos, celebran el compromiso de mi primo Luigi y quieren que vengas.

-Vaya con Luiggi... aún recuerdo la paliza que me dio cuando llamé fea a tu prima Lucia-rememoró mientras se acariciaba el mentón como si acabara de sufrir los golpes de antaño.
-¡Jajaja!, si, pues parece que ha encontrado a alguien que no la considera tan fea y también se casa pero en primavera.
-¿Y quieres llevarme a mí? Me parece imposible que me hagas pasar por esa tortura, seguro que acabaré pegándome con Luiggi otra vez.
-Es que temo que me quieran emparejar con alguien, así si voy contigo...
-¿Qué quieres?, ¿que piensen que somos gay?
-¡Jajaja!, no, pero no se atreverán si voy contigo y así me ayudarás a salir del paso.
-Está bien, pero solo lo hago porque eres tú, ¿eh?, no creas que voy por ahí poniendo en duda mi masculinidad por cualquiera.
El ascensor abrió sus puertas delante de ellos y se despidieron con bromas.
-Tranquilo, lo sé y te lo agradeceré eternamente- aseguró Jack.
-Vale, un trato es un trato, hoy por ti, mañana por mí-dijo Dylan sellando el pacto.

El bonito cadáver de Vivian permanecía en la morgue mientras le hacían una autopsia como mera formalidad, no había heridas defensivas y la muerte había sobrevenido por exanguinación debido a los cortes provocados por una cuchilla que la víctima portaba en su mano cuando fue encontrada y que coincidía a la perfección con las heridas. El forense se lavó las manos y salió del depósito con el informe. Tres minutos más tarde un joven de cabello lacio entró sigilosamente y sacó varias muestras del cuerpo de la joven, después salió apresuradamente del edificio y esperó a que el coche gris apareciera por la esquina para recoger los tubos con los fluidos y llevarlos rápidamente a las instalaciones de la farmacéutica Alkimax.